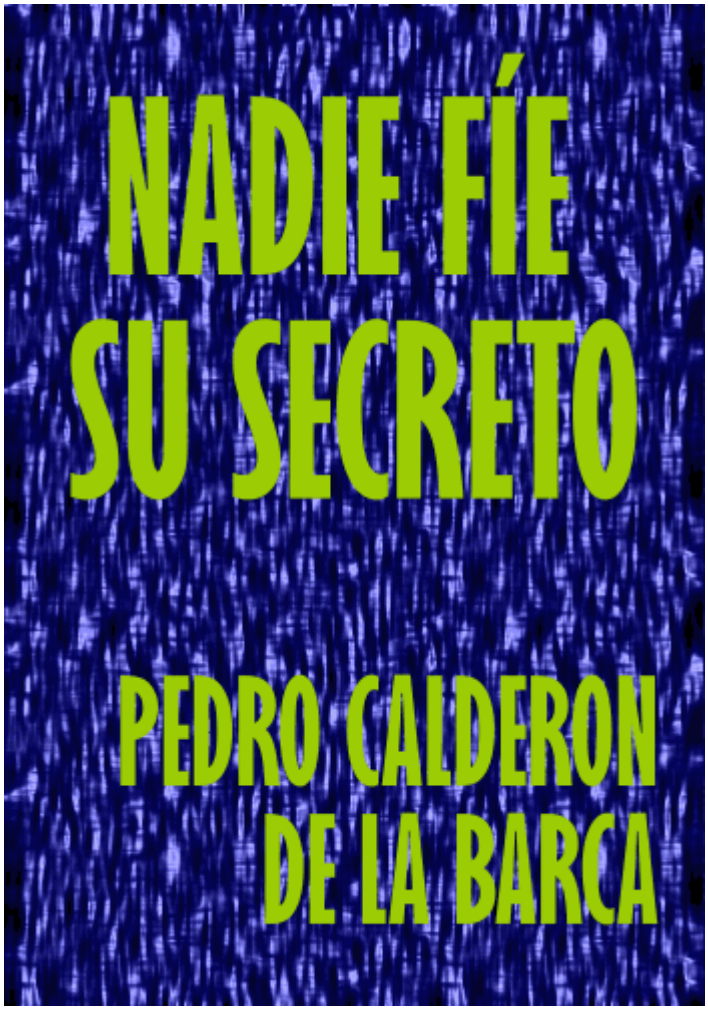
LIBRO dot.com

NADIE FÍE SU SECRETO

Pedro Calderón de la Barca



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Personas que hablan en ella:

- **ALEJANDRO, prícipe de Parma**
- **Don CÉSAR**
- **Don ARIAS**
- **Don FÉLIX de Castelví**
- **LÁZARO, criado**
- **Doña ANA de Castelví**
- **NÍSIDA, dama**
- **ELVIRA, criada**
- **MÚSICO**
- **CRIADOS**
- **ACOMPAÑAMIENTO**

PRIMER ACTO

Salen ALEJANDRO y don ARIAS

ALEJANDRO: Vila al dejar la carroza
y, haciendo su estribo oriente,
o fueron los soles dos
o el uno alumbró dos veces.
¿Nunca has visto errante al viento
preñada nube encenderse
y, parto de luz, un rayo
hacer giros diferentes,
que amenazando soberbios
la torre más eminente,
la más levantada punta
ambiciosos desvanecen?
Tal es el rayo de Amor;
con llama dulce, aunque ardiente,
por tocar lo más supremo,
deja el cuerpo, el alma enciende.
Yo, que desde el corredor
la miré, confusamente
vi engendrar rayos de fuego
en una esfera de nieve;
y confuso entre dos luces
de dos soles diferentes,
al más superior entonces
le tuve por menos fuerte.
Entró doña Ana en palacio,
que a ver a mi hermana viene,
con más donaires que nunca,
tan hermosa como siempre.
Seguí su luz con la vista,
notando curiosamente
que, si el hombre es breve mundo,
la mujer es cielo breve.
Al fin se puso a mis ojos,
y yo quedé como suele
temeroso caminante
que el camino en el sol pierde.
Mas no quedé tan ajeno
del suyo que no creyese
--tal fue la imaginación--
que la adoraba presente;
porque pintor el deseo
dio a la memoria pinceles,
al pensamiento colores,
con que desmintió lo ausente.
No sé si es amor, don Arias,
este fuego que me ofende;
que tiene mucho de amor
el que tanto lo parece.
ARIAS: ¿Nunca la habíais visto?
ALEJANDRO: Sí.
ARIAS: Pues, ¿de qué, señor, procede

esa novedad?
ALEJANDRO: Preguntas
bien, aunque ignorantemente.
¿Tú no sabes que en el mundo
un átomo no se mueve
sin particular precepto,
que rigen causas celestes?
Lo que ayer se aborrecía
hoy con extremo se quiere;
y hoy una cosa se adora
que mañana se aborrece.
Todo vive en la mudanza;
y así, don Arias, sucede
lo que se trata, conforme
la disposición que tiene.
Otras veces la había visto;
pero que hoy estuve, advierte,
menos ciego o ella estaba
más hermosa que otras veces.
Yo he de servirla, y de ti
he de fiar solamente
este amor y este secreto.
ARIAS: Dos novedades me ofreces
a un tiempo; la una es
el verte hablar tiernamente
en cosas de amor.
ALEJANDRO: No son
iguales los hombres siempre,
ni es de un príncipe defecto
amar tan honestamente;
que quien una vez no amó
nombre de incapaz merece.
Ni tan necio, dijo un sabio
a un hombre, que no quisiese
alguna vez, ni tan loco
que haya querido dos veces.
ARIAS: Es la otra que conmigo
trates tu amor; y aunque excede
esta honra a mi esperanza,
lo que me obliga me ofende.
Don César, tu secretario,
de quien fías dignamente
el gobierno de tu estado,
y a quien con extremo quieres,
es mi amigo, y es razón,
señor, que en tu gracia deje
desocupado lugar,
pues él solo le merece.
Llámale y dile tu amor,
y hoy a tu gracia le vuelve;
que no es razón que se diga
que yo gano lo que él pierde.
Mi amistad paga con esto
lo que a mi nobleza debe;
pero, aunque ofenda a un amigo,
será fuerza obedecerte.
ALEJANDRO: Don Arias, a César quiero
con los extremos que siempre
lo he querido; y si es tu amigo,
honrarte no es ofenderle.

Juntos nos hemos crïado,
fiándonos de una suerte
en las penas los disgustos,
en las glorias los placeres.
Hícele mi secretario,
dile mi pecho, fïéle
el alma misma, por ser
discreto, sabio y prudente.
De unos días a esta parte
no sé qué trata o qué tiene;
que ni a mi servicio acude,
ni despacha mis papeles.
Mil veces en mi presencia,
si le hablo, se divierte,
sin propósito responde
y, hablándome, se suspende.
Y ya que tratamos de esto,
su mayor amigo eres;
de mi parte y de la tuya
procura saber qué tiene.
Dile que de mis estados
disponga, pues solo puede,
como absoluto señor,
dar preceptos, poner leyes;
y dile al fin lo que el alma
verle tan ajeno teme;
porque, sabiendo la causa,
o la sienta o la remedie.

ARIAS: No en vano te llama el mundo
Alejandro dignamente,
pues a quien el nombre igualas
las alabanzas excedes.

Sale LÁZARO

LÁZARO: (A César traigo un papel, **Aparte**
y no le hallo; claras pruebas
de mi desdicha crüel;
que a traerle malas nuevas,
luego encontrara con él.
Hoy que esperé galardón,
no le he de hallar, cosa clara;
mas cuando las nuevas son
albricias de mala cara,
presagios de un mojicón,
luego al instante le hallo.
Pues, ¡por Dios que he de buscallo,
aunque entre...!)

ALEJANDRO: ¿Quién está allí?

LÁZARO: (El príncipe me vio. Aquí **Aparte**
escondo el papel y callo.)

ALEJANDRO: ¿Quién dices que es?

ARIAS: Un crïado
de César que acaso ha entrado
hasta aquí y, como te vio,
luego, señor, se volvió.

ALEJANDRO: Llámale, porque he pensado
que éste me declare aquí
de su señor la tristeza.

Librodot

ARIAS: Dices bien. ¡Lázaro!
LÁZARO: ¿A mí?
ARIAS: A ti te llama su Alteza.
ALEJANDRO: Llegad.
LÁZARO: Bien estoy así,
aunque, si mi dicha es
tal que merezco llegar
a besar tus reales pies,
no me hartaré de besar
cordobanes en un mes.
Buscando a César--perdona
si te ofendo--hoy he llegado
a tus pies.
ARIAS: Su humor le abona.
ALEJANDRO: ¿Sírvesle?
LÁZARO: Soy su crïado,
y tu tercera persona.
ALEJANDRO: ¿Cómo tercera?
LÁZARO: ¿Pues, no?
César contigo privó,
yo con César, por mi trato;
luego es nuestro triunvirato
César, Alejandro y yo.
ALEJANDRO: Tu humor conozco.
LÁZARO: (Eso ha sido **Aparte**
despejar.)

Quiere irse

ALEJANDRO: ¿Por qué te vas?
LÁZARO: Porque, si me has conocido,
señor, no me comprarás,
y yo estoy como vendido.
Entretenerme no quieras;
porque, si bien consideras
mi condición por su indicio,
ha mucho rato que en juicio
estoy condenado a veras.
ALEJANDRO: Tu gusto alabo, y condeno
el que tan continuo sea;
que el que de donaires lleno
siempre en las burlas se emplea
no es para las veras bueno.
Saber de César querría
la causa y el fundamento
de tanta melancolía,
que como suya la siento
y la lloro como mía;
pero fue contrario efeto
el que he venido a mirar;
que, aunque seas más discreto,
es necio quien piensa hallar
entre burlas un secreto.
LÁZARO: Antes por sacarle de ellas,
hace bien, si allí se ofusca,
y mal por necio atropellas
al que en las burlas le busca,
sino al que le pone en ellas.
Y pues César ha mostrado

discreción, no hay presumir
que a mí me le habrá fïado;
mas con todo, por cumplir
la obligación de crïado,
que de un sirviente hablador
es el precepto mayor,
entre todos los demás,
el cuarto, "no callarás
defecto de tu señor,"
te diré lo que he alcanzado
en lo que yo he discurrido
de su pena y su cuidado,
muchos menos que sabido
y algo más que murmurado.
De España vino con nombre,
opinión, noticia y fama
a Parma--esto no te asombre--
cierto juego que se llama,
señor, el juego del hombre.
César el juego aprendió
y un día que le jugó,
teniendo basto, malilla,
punto cierto y espadilla,
la tal polla remetió.
Acabando de perder,
hubo voces, y el senado
mirón tuvo en que entender,
si fue bien o mal jugado,
si pudo o no pudo ser.
Con esto nos fuimos luego,
y estando durmiendo yo
en mi cama y mi sosiego,
desnudo se levantó,
dando y tomando en el juego;
y, habiéndome despertado,
cuanto encendido, resuelto,
me dijo muy enojado,
"Si aquella baza le suelto,
reparto y quedo baldado;
luego le atravieso yo,
y con cuatro tengo hartas,
y hago tenaza, o si no,
vuélvanme mis nueve cartas,
y venga el que lo inventó."
De aquí, sin duda, ha nacido
su tristeza.

ALEJANDRO: Yo me he holgado
de haberla de ti sabido,
pues con eso has castigado
la culpa de haberte oído.
No quiero creer que fuera
tan necio César que a ti
su secreto te dijera,
pues hoy me pesara a mí,
cuando de ti lo supiera;
que tu condición extraña
claramente desengaña
que es para burlas ociosas
no más.

LÁZARO: Como de esas cosas

vienen cada día de España.
Dios te guarde; y yo prometo,
con la ocasión que me has dado,
de buscarte más discreto.
(Bien las burlas me han librado **Aparte**
de descubrir el secreto.)

Vase

ALEJANDRO: Notable hombre; si estuviera
con más gusto, le tuviera
en oírle.
ARIAS: Pues si a ti
te agrada, siempre está así,
que es hombre de esta manera;
en su vida estuvo triste.
ALEJANDRO: No será muy entendido;
que en saber sentir consiste
parte del alma.
ARIAS: Ha nacido
de esta suerte. ¿Nunca oíste
sus cuentos?
ALEJANDRO: Nunca llegó
a mi noticia.
ARIAS: Pues yo
sé que, si aquí te contara,
alguno, que te agradara.
ALEJANDRO: ¿De qué manera?
ARIAS: Perdió
conmigo el dinero un día
y yo le empecé a jugar
sobre prendas que traía;
y en fin le vine a ganar
la espada que se ceñía.
No quise entonces volvella,
por ver lo que hacía sin ella,
y él buscó sin dilación
una vieja guarnición,
y poniendo un palo en ella,
le metió en la vaina. Así
le trae hoy día.
ALEJANDRO: Yo espero
burlarme dél... ¡Ay de mí!
Mal con burlas vencer quiero
el fuego en que me encendí.
Ve a hablar a César, allana
tristezas de agravios llenas;
que yo estaré con mi hermana,
sintiendo de César penas
y rigores de doña Ana.
Iré a ver los rayos rojos,
testigos de mis enojos.
Y si tengo de morir
ausente, más vale ir
donde me maten sus ojos.

Vanse. Salen don CÉSAR y LÁZARO, dándole un papel

LÁZARO: Toma, señor, el papel,
que hoy Elvira me llamó
y para ti me le dio.
CÉSAR: ¿Y ahora vienes con él?
LÁZARO: Vive Dios, que te he buscado,
hasta entrar por ver si hablabas
al príncipe.
CÉSAR: ¿Y no me hallabas?
LÁZARO: ¿Qué quieres? Soy desdichado.
CÉSAR: Pues no ha habido hombre que pase
a hablarle que no me pida
licencia.
LÁZARO: En toda mi vida
hallé cosa que buscase.
Toma, señor, el papel;
y si su gusto codicias,
no perdono mis albricias.
CÉSAR: ¡Ay cielos! ¿Qué dirá en él?
LÁZARO: Necedad de aquél que va,
cuando el reloj está dando,
con gran priesa preguntando,
"¿Sabe usted las **cuántas da**?"
Cuenta, y no preguntarás
lo que tú puedes saber;
y puesto que sabes leer,
abre el papel, y verás
lo que dice.
CÉSAR: Estoy cobarde.
Tarde me trajiste el bien.
LÁZARO: Pues véngate tú también;
dame las albricias tarde.
CÉSAR: Ponte, Lázaro, el vestido
que hice para la jornada
de Florencia.
LÁZARO: Eso me agrada.
Mil veces los pies te pido.
CÉSAR: Lázaro, en el bien que toco
con causa el sentido pierdo;
hoy debo de estar muy cuerdo,
pues confieso que estoy loco.
¿Doña Ana me escribe a mí
tierna, alegre y amorosa?
¿Hay suerte más venturosa?
¿Cuándo tal bien merecí?
El pecho romper quisiera,
porque en su oculto lugar,
siendo el corazón altar,
el papel la imagen fuera.
¿Dónde pondré este papel?
LÁZARO: Puesto que eso te alborota,
si está la soleta rota,
cálzate, señor, con él.
Un tiempo, con tener fama
que era de las más discretas,
me sirvieron de soletas
los papeles de mi dama.
Mas, ¿sabes qué considero?
Que, aunque el vestido es cabal,
parecerá un hombre mal,
si no lleva algo en dinero.

CÉSAR: Lázaro, a darte me obligo
cuanto me pidieres hoy.
La espada no te la doy,
porque me la dio un amigo.
LÁZARO: (Él sin duda a saber llega **Aparte**
que es de palo aquesta espada,
pues cuando no niega nada
la espada sola me niega.)

Sale don ARIAS

ARIAS: Como agraviado, quejoso,
don César, buscándoos vengo;
agravios son de amor mío
y quejas de amigo vuestro.
Hoy el príncipe de Parma,
hoy Alejandro Farnesio,
segundo solo en el nombre,
y en las grandezas primero,
me llamó para saber
vuestra tristeza, diciendo
que sólo yo la sabía,
por ser alma en vuestro pecho.
Corrido, entonces, quedé
de ver que en su pensamiento
merezca este nombre, cuando
tan poco con vos merezco.
De su parte y de la mía
vengo a hablaros; y así quiero
deciros como crïado
su recado. Estadme atento.
Dice el príncipe Alejandro
que si a vuestro sentimiento
de sus estados importa
el mando todo, que en ellos
como su señor mandéis,
que dispongáis como dueño,
pues en vuestras manos deja
su poder y su gobierno.
Hasta aquí dice Alejandro,
y yo de mi parte empiezo,
no a ofreceros sus grandezas
sino un ánimo dispuesto
a vuestro servicio siempre.
Merezcan, pues, mis deseos,
para sentirlos en todo,
parte en vuestro sentimiento.
Quejoso el príncipe vive
de vuestro descuido, y vemos
que servicios en señores
son máquinas en el viento;
cuanto aseguran mil años
borra un minuto de tiempo;
que es sola una culpa olvido
a muchos merecimientos.
Divertíos, alegraos,
ensanchad, César, el pecho,
y aunque el corazón se abrase,
finjan los ojos contento.

Librodot

Como amigo os lo suplico,
como crïado os lo ruego,
como leal os persuado,
como noble os aconsejo.

CÉSAR: Beso a su Alteza los pies,
y a vos las manos os beso,
pues debo a vuestra amistad
lo que a sus grandezas debo.
Y, agradecido a los dos,
iré a los dos respondiendo.
Diréis, pues, al poderoso
Alejandro...

LÁZARO: (¿Qué es aquesto? **Aparte**
¿Por "poderoso Alejandro"
empieza? Ruego a los cielos
que alguna loa no eche,
con su historia y con su cuento.)

CÉSAR: ...que el cielo su vida aumente
por tantos siglos eternos
que al número de los años
pierda la memoria el tiempo;
que mi tristeza no es causa
para que en un pensamiento
falte a su gusto rendido,
a su obediencia sujeto.
Una gran melancolía
opone al alma estos miedos,
si oculta siempre en la causa,
manifiesta en los efectos.
Mis estudios lo habrán sido;
tanto en ellos me divierto
que, para darme a los libros,
a su presencia me niego.
Esto le podéis decir,
disculpando nobles yerros,
que para solas ausencias
amigos se introdujeron.
Y, respondiéndoos a vos,
porque veáis que agradezco
el cuidado, he de fïaros
lo que guardé de mí mesmo.
Mas no lo agradezcáis mucho,
porque habéis llegado a tiempo
que, aunque quisiera encubrirlo,
os lo dijera el contento.
¡Ay, don Arias, no os espante
verme en un instante haciendo
extremos, alegre o triste;
que el amor todo es extremos!
Quiero deciros la causa...
mas, si os he dicho que quiero,
ni vos tenéis que escucharme
ni yo que deciros tengo.
Bien veréis que esto es amor;
y si es mucho, bien lo muestro,
pues presente no lo digo
cuando ausente lo confieso.
Puse en un cielo los ojos
--disculpado atrevimiento--
que quien glorias busca, sólo

pudiera aspirar al cielo.
En fin la dije mis penas,
que, aunque no consiga efecto,
el intentar grandes cosas
arguye merecimientos.
No os enfadéis si me alargo
en contaros mis sucesos;
que vos me dais ocasión
con oírme tan atento.
Respondióme con oírme;
que en tan arrogante empleo
bastó, sin gozar favores,
el no padecer desprecios.
Dos años ha que la sirvo,
sin que en todo aqueste tiempo
perdiese al sol de su honor
un átomo de respeto.
Amor, del llanto ofendido,
si no obligado del ruego,
con no merecidas glorias
coronó mis pensamientos.
Hoy tuve suyo un papel;
que nada encubriros puedo;
que contentos repetidos
son duplicados contentos.
Éste fue el primer favor,
y yo el amante primero
que mereció por humilde
lo que intentó por soberbio.
Diréis que encarezco mucho
lo que tan poco encarezco;
mas vos me disculparéis
cuando sepáis el sujeto.
Al decir quién es, me turbo;
mas poco en esto la ofendo;
y más estando advertido
que aspiro a su casamiento.
Mirad, don Arias, que os fío
mucho, y que no soy de aquéllos
que, por alabarse, venden
a pregones sus secretos;
que a saber en qué consiste
de una mujer la honra, creo
que hicieran sus mismas lenguas
mordazas de su silencio.
Discreto sois, en vos pongo
el alma misma, advirtiendo
que, a querer yo que supiera
Alejandro mis intentos,
pues dos recados trajisteis,
y a entrambos voy respondiendo,
aquesta respuesta os diera
en el recado primero.
Doña Ana de Castelví
--ya he dicho quién es, ya puedo
aun más allá del discurso
pasar encarecimientos--
es quien me tiene en su amor
de mí mismo tan ajeno
que no siento lo que digo,

aunque digo lo que siento.
No fue tanta mi tristeza
como mi divertimiento;
porque en su amor sólo vivo
y sólo en sus gustos pienso.
No diga que quiere bien
quien libre, alegre y contento
piensa o habla en otra cosa;
que amor es del alma dueño,
y yo, que de veras amo,
por pensar en sus extremos,
quisiera pasar a siglos
las breves horas del sueño.
Mucho he dicho y mucho callo,
y ahora sólo pretendo
que leáis este papel,
para obligaros de nuevo
a que sintáis mis pesares,
a que gocéis mis deseos,
a que celebréis mis glorias,
a que alabéis mis intentos,
y a que el secreto paséis
desde los labios al pecho;
que de la boca al oído
está a peligro un secreto.

ARIAS: Con causa contento os veo.
CÉSAR: Pues tomad, leed el papel;
veréis mi ventura en él.
ARIAS: Por vuestro gusto lo leo.
"Ya el confesarme querida
es empezar a querer;
que es favor en la mujer
el estar agradecida.
Mas no es favor lisonjero
lo temeroso que estás,
pues sabe el amor que, más
que tú me estimas, te quiero.
Si acaso, por encubrirlo
Amor, venganza ha buscado,
bástame el haber pasado
la vergüenza de decirlo.
Ven en pasando la tarde
a la calle, y te diré
lo que apenas sentir sé.
A Dios, mi bien, que te guarde."
Vos estáis bien empleado.
CÉSAR: Al príncipe le diréis
la otra respuesta; y si hacéis
que yo quede disculpado,
lo veré.
ARIAS: Que he de serviros
tened por cierto.
CÉSAR: Lucero,
que amante fuiste primero,
muévante tantos suspiros,
corre con curso violento;
que yo sé que adelantaras
el ocaso si llevaras
a Dafne en tu pensamiento.

Vanse CÉSAR y LÁZARO

ARIAS: De dos secretos cargado,
aunque uno mismo en rigor,
obligado de un señor
y de un amigo obligado
me hallo, y en tanto disgustos
no sé cuál a cuál prefiere.
¡Mal haya el necio que muere
por saber ajenos gustos!
Si a César el amor digo
del príncipe, sus desvelos
le han de dar celos, y celos
no se han de dar a un amigo.
Pues si al príncipe el afeto
digo de César, no sé
si lo acierto, pues la fe
rompo a César del secreto.
Si callo la voluntad
del uno al otro, en rigor
soy a la lealtad traidor
o traidor a la amistad.
Hoy del príncipe ha nacido
el amor y, aunque el cuidado
esté tan enamorado,
no está tan favorecido.
Él a César quiere bien,
y si su amor le encarezco,
y sus favores, me ofrezco
a que sus manos le den
la prenda, que un desengaño
con tiempo hace tal efeto,
y yo no falto al secreto,
por remediar mayor daño.
Confusas máquinas son
éstas que dudoso sigo;
porque, ignorando, un amigo
mata con buena intención.

[Vase.] Salen ALEJANDRO, don FÉLIX, doña ANA y acompañamiento

ALEJANDRO: Licencia me habéis de dar.
ANA: Vuestra Alteza no esté así,
o no pasaré de aquí.
ALEJANDRO: Yo os tengo de acompañar
hasta que el cuarto dejéis
de mi hermana.
ANA: No haga eso
Vuestra Alteza, que es exceso
de mercedes.
ALEJANDRO: Pues, ¿no veis
que es justa obligación mía,
debida por ser mujer,
y que en mí no puede ser
exceso de cortesía?
ANA: Muy bien la que habéis tenido

vuestro heroico pecho muestra;
mirad que soy criada vuestra;
y así, como tal os pido
que mitiguéis los enojos
de tan dulce resplandor,
que, como sois sol de honor,
me vais cegando los ojos.

ALEJANDRO: Mal de mis rayos infiero
ese luciente arrebol,
que voy delante del sol
por blasonar de lucero;
mas porque no me acobarde
el fuego que en vos se ve,
por fuerza me quedaré.
Guárdeos Dios.

ANA: El cielo os guarde.

Vase

ALEJANDRO: Don Félix, ¿no acompañáis
a vuestra hermana?

FÉLIX: Señor,
agradecido al favor
con que a los dos nos honráis,
a vuestros pies he quedado,
como crïado, rendido,
como leal, reconocido
y, como noble, obligado.
Esa vida el cielo aumente
tanto que sea en su gloria
testigo a vuestra memoria
el olvido solamente;
la fama con vos ufana,
dilatada por los vientos...

ALEJANDRO: Dejad encarecimientos,
y acompañad vuestra hermana
en mi nombre. (¿Hay más enojos **Aparte**
que escuchar inadvertido
lisonjas para el oído,
negándolas a los ojos?)

Vase don FÉLIX. Llega don ARIAS al PRÍNCIPE

Don Arias, ¿qué hay de nuevo? ¿Viste a César?

ARIAS: A César vi y hablé; pero, primero
que sepas su respuesta, saber quiero
el término de amor a que has llegado.

ALEJANDRO: Tienen mi pensamiento
triste César, doña Ana enamorado
y, con un sentimiento,
no sé cuál de los dos es lo que siento.
Entré galán al cuarto de mi hermana,
y con ella y sus damas vi a doña Ana.
Vi en un jardín de amores
que presidía entre comunes flores
la rosa hermosa y bella.
Mal digo; que, si bien lo considero,
yo vi entre muchas rosas una estrella,
o entre muchas estrellas un lucero;

y, si mejor en su deidad reparo,
prestando a los demás sus arreboles,
entre muchos luceros vi un sol claro,
y al fin vi un cielo para muchos soles.
Y tanto su beldad les excedía
que en muchos cielos hubo sólo un día.
Hablando estuve, en ella divertidos
los ojos, cuanto atentos los oídos;
porque mostraba, en todo milagrosa,
cuerda belleza en discreción hermosa.
Despidióse en efecto. Si fue breve
la tarde, Amor lo diga, que quisiera
que un siglo entero cada instante fuera;
y aun no fuera bastante,
pues, aunque fuera siglo, fuera instante.
La salí acompañando cortésmente;
y aquí basta decirte
que muero amante y que padezco ausente.

ARIAS: Según eso, imposible es persuadirte
que olvides ese amor.

ALEJANDRO: Hoy ha nacido,
y a más correspondencia pone olvido
el alma, si previene mayor daño.

ARIAS: Pues a tiempo llegó mi desengaño.
Señor, si a César quieres, no la quieras;
y básteme decir que, si pretendes
a doña Ana, es a César al que ofendes.

ALEJANDRO: Don Arias, cuando alguna cosa digas
a quien no la pregunta, ya te obligas
a no dejar la plática empezada.
Dímelo todo, o no dijeras nada.
¿Quiere a doña Ana César? Poco importa;
que César es mi amigo, y si me hallara
muy prendado, por César la olvidara.
Prosigue, pues; ¿qué temes?

ARIAS: Que indiscreto
falto a la fe jurada de un secreto.

ALEJANDRO: Pues si callar debías,
¿para qué los principios me decías?

ARIAS: Yo tu quietud pretendo.
(Perdona, César, si el secreto ofendo.) **Aparte**
Señor, ellos se quieren.

ALEJANDRO: ¿Cómo es eso?
Luego, ¿doña Ana sabe--¡pierdo el seso!--
que don César la quiere?

ARIAS: Y amorosa
le corresponde.

ALEJANDRO: ¡Ay suerte rigurosa!
¿Quién se ha visto dudoso,
triste y desesperado,
antes desengañado que celoso,
y celoso--¡ay de mí!--que enamorado?
Si César la quisiera,
la dejara, y sus celos no sintiera;
mas que ella quiera a César, son más daños,
que apadrinan los celos desengaños;
pero si ellos se quieren, no se diga
de mí que amor me obliga,
ofendido y celoso,
a amar ingrato y a querer quejoso.

ARIAS: (Ahora encareciendo **Aparte**
sus favores, pretendo
que del todo la olvide.)
ALEJANDRO: En mí el amor con el valor se mide.
En efecto, ¿se quieren?
ARIAS: Y yo he visto
hoy un papel...
ALEJANDRO: (¡Mal mi dolor resisto!) **Aparte**
ARIAS: ...que amorosa doña Ana le escribía.
ALEJANDRO: (¿No bastaba saber que le quería?
Pero si ya olvidado
estoy, ¿por qué un papel me da cuidado?
Mas, ¿quién tendrá paciencia
en tan mortal dolencia
para no preguntar lo que decía?
¿Por no andar vacilando qué sería?)
¿Qué escribió?
ARIAS: Que esta noche quiere hablalle
por las ventanas bajas de la calle.
ALEJANDRO: (¿Esta noche ha de hablalla, **Aparte**
cuando el alma ofendida sufre y calla?
¿Ellos diciendo amores,
yo padeciendo agravios y rigores?
¿Qué es lo que escucho, cielos?
¡Que en mí, más que el amar, puedan los celos!
¿Yo no estoy declarado?
Pues que pongo silencio a mi cuidado
por César, deje César por mis celos
esta ocasión, si en ella reconoce
mis penas y desvelos;
y pues yo no la gozo, no la goce.)
Don Arias, ¿sabe César que yo he puesto
en doña Ana mi amor? ¡Ay de mí triste!
ARIAS: ¿Cómo, si sólo a mí me lo dijiste?
ALEJANDRO: Como a ti solo dijo inadvertido
también César su amor, y lo he sabido.
ARIAS: Quien con buena intención ofende, yerra
con disculpa.
ALEJANDRO: Don Arias, hoy se encierra
en tu pecho mi gusto.
No es aquesto en amor término injusto;
una curiosidad es solamente,
confieso que parezca impertinente.
Cuanto a César pasare con doña Ana
me has de decir; que si por él allana
mi honor que no la quiera,
y no puedo jugar, aunque picado,
quiero mirar los lances desde afuera.
ARIAS: Si el primero, señor, has condenado,
¿cómo diré el segundo?
ALEJANDRO: Antes disculpa
te ofrezco con haberlo preguntado,
pues en aqueste punto
lo que tú me dijeras te pregunto.
ARIAS: Señor...
ALEJANDRO: Esto ha de ser.
ARIAS: Obedecerte
es fuerza; pero ¡mira... !
ALEJANDRO: De esta suerte
entretendré mis penas, mis desvelos,

divirtiendo sus gustos en mis celos.
ARIAS: ¡A qué de riesgos locos
se pone quien no calla su secreto!
ALEJANDRO: Todos lo dicen y le callan pocos.

Salen don CÉSAR y LAZARO, sin reparar por el momento en el PRÍNCIPE

CÉSAR: Pasa, sol, con tu porfía
el cielo en dorado coche,
que hoy amanece la noche,
pues hoy anochece el día.
Deposita en sombra fría,
Apolo, tus luces bellas;
nacerá otro sol en ellas
de más luciente arrebol;
y verás que de mi sol
van huyendo las estrellas.
LÁZARO: Maldito de Dios el caso
hace el sol de tu tristeza;
tú te quiebras la cabeza,
y él se va paso entre paso
por su cabal al ocaso.
¿De qué sirve en tu porfía
tanto sol y tanto día?
¿Que es el sol, no echas de ver,
cochero y que no ha de ser
llevado por cortesía?
CÉSAR: (Al príncipe vi, y leal **Aparte**
el corazón en el pecho,
no sé qué extremos ha hecho,
pronósticos de mi mal.)
Aunque a mi pena es igual
de mi descuido la culpa,
noblemente me disculpa
ver que a tus pies no llegara,
si en don Arias no enviara
prevenida la disculpa.
Perdóname haber faltado
a tu servicio o tu gusto,
si ya mi tormento injusto
no me tiene disculpado.
ALEJANDRO: Ya don Arias me ha contado,
César, la fiera porfía
de tanta melancolía,
y tan bien la encareció
que, con lo que dijo, yo
vine a sentirla por mía.
Tan bien la supo sentir
que la causa del pesar
no la supiera callar,
como la supo decir.
Yo, que empeñado en oír
de tu mal las penas graves
le escuché, con tan süaves
razones me las pintó,
que de tu mal supe yo
la causa, que tú no sabes.
Yo te quiero divertir;

esto debo a tu amistad.
A andar toda la ciudad
esta noche has de salir
conmigo; podremos ir
encubiertos y embozados
a visitar disfrazados
varios modos de placeres;
músicas, juegos, mujeres
entretendrán tus cuidados;
que yo te quiero de suerte
que, por verte alegre, diera
todo mi estado, y pudiera
quedarme sólo por verte.

CÉSAR: Tú me honras, pero advierte
que está ya mi pensamiento,
con ese encarecimiento
que llega a merecer hoy,
tan gozoso que ya estoy
muy alegre y muy contento.
Desde aqueste instante empieza
en el alma misma a ser
todo su pesar placer,
gusto toda su tristeza.
No, no se canse tu Alteza
en divertirme mis quejas;
que con aqueso me alejas
del gusto, porque yo sé
que aquesta noche estaré
más contento si me dejas.
Claro está, pues mi cuidado
ha de ser mucho mayor,
viendo que tú estás, señor,
por mí desasosegado.

ALEJANDRO: Tanto, César, me ha pesado
de hablarte en tu pena ciego
que, si yo a verte no llego
esta noche, claro está,
de no verte nacerá
mi mayor desasosiego.
¡Lázaro!

LÁZARO: ¿Señor?

ALEJANDRO: También
irás conmigo.

LÁZARO: Eso sí,
fíate, señor, de mí,
que de ninguno más bien.
¡Ah, plegue a Dios que nos den
ocasión en que empleado
este brazo, y a tu lado...!

ALEJANDRO: ¿Valiente eres?

LÁZARO: ¡Pese a tal!
Soy el más largo oficial
que puso herramienta a un lado.

ALEJANDRO: Y, ¿la hoja es buena?

LÁZARO: (¡Aquí **Aparte**
me coge vivo!) Señor,
la tuya será mejor;
mas ésta me sirve a mí
de lo que la mando.

ALEJANDRO: Así,

por ensalzarla, la humillas.
¿Corta?
LÁZARO: Que hace maravillas.
Tanto, que al golpe primero,
aunque un broquel sea de acero,
hará que salten astillas.
(Y es verdad; que saldrán della.) **Aparte**
ALEJANDRO: ¿Buen temple?
LÁZARO: El que tú le das.
ALEJANDRO: Y, ¿qué ley?
LÁZARO: No matarás;
no hay culpa mortal en ella.
ALEJANDRO: Gana me ha dado de vella.
LÁZARO: (De aquí puedo escapar mal.) **Aparte**
Por voto solemne...
CÉSAR: (¡Ay tal!
¿Quién hay que a mi pena iguale?)
LÁZARO: ...nunca de la vaina sale,
si no es a caso fatal.
Empléala, gran señor,
en tu servicio, y verás...
Mas no quiero decir más;
que ella lo dirá mejor.
CÉSAR: (¿Hay más pena, hay más rigor? **Aparte**
¡Hoy desesperado muero!)
Señor, si mi llanto fiero
quieres que alegre contigo,
ya mi gozo es buen testigo.
ALEJANDRO: Mira, César, que te espero;
que bien se ve que no cesa
tu pena, y que la entretienes;
y de la ocasión que tienes
ya como propia me pesa.
Y pues el alma confiesa
que es una melancolía
la que en dos pechos se cría,
para alegrarnos, andemos
juntos y divertiremos
yo tu pena y tú la mía.

Vase

CÉSAR: ¿Quién no perderá la vida
en la ocasión deseada,
en tantos gustos hallada,
en tantas penas perdida?
ARIAS: Cumplí la amistad debida.
(Si el secreto le dijera...) **Aparte**
Pues a vuestra pena fiera
remedios que busca son,
no os quitará la ocasión,
que antes él mismo os la diera.

Vase

CÉSAR: ¡Lazaro!
LÁZARO: ¿Señor?
CÉSAR: ¿Doña Ana

qué dirá de mí?
LÁZARO: Dirá
lo que quisiere.
CÉSAR: ¿Qué hará?
LÁZARO: Estará de mala gana
esperando a la ventana.
CÉSAR: Dirá que ha sido fingido
mi amor, y el pecho ofendido,
con el alma y con los labios
dará a forzosos agravios
satisfacciones de olvido.
¡Ay fiera desdicha mía!
LÁZARO: ¿Tu mal quién podrá creello?
Mas, ¿cómo es, señor, aquello?
"Clara noche, oscuro día..."
CÉSAR: ¿Vuelve tu necia porfía?
LÁZARO: De un loco, si eres discreto,
toma un consejo. El efeto
no sé yo por dónde viene;
mas tales peligros tiene
quien no calla su secreto.

Vanse

Librodot

SEGUNDO ACTO

Salen don ARIAS, don FÉLIX, don CÉSAR, ALEJANDRO, LAZARO, de noche

ARIAS: Buena noche.
ALEJANDRO: El sol parece
que quedó a la sombra negra
en pedazos dividido,
depositado en estrellas.
FÉLIX: La luna, embozado el rostro
entre pardas nubes, muestra
trémulos rayos de plata,
[haciendo] al sol competencia.
LÁZARO: Cabal, sin faltarla un cuarto,
y sin cercenar la oblea,
por no ser luna vacía,
hoy quiso ser luna llena.
CÉSAR: (¡Ay de mí! ¿Quién creerá, cielos, **Aparte**
que no siento que se pierda
la ocasión, sino pensar
que tendrá tan justa queja
de mí doña Ana?) Señor,
recójase vuestra Alteza;
que el sereno le hará mal,
y ya la noche refresca;
basta lo que hemos andado.
ALEJANDRO: Como yo, por mi grandeza,
no puedo con libertad
andar de día, quisiera
ver, una noche que salgo,
toda la ciudad.
CÉSAR: (¡Paciencia! **Aparte**
Pues, ¡vive Dios!, que he de ver
si puedo con mi tristeza,
divertido a su pesar,
dejar de pensar en ella.)
¿Qué te pareció de Flora?
ALEJANDRO: ¿No es la dama milanesa?
Buen lejos tiene.
LÁZARO: En verdad,
mucho mejor es que el cerca;
pero el lejos ha de ser
tan lejos, que no se vea.
ARIAS: Laura se prende muy bien.
LÁZARO: Bien se prende, y bien se prenda.
FÉLIX: Buenas manos.
LÁZARO: Pues las tiene,
bien hace en dárselas buenas.
ARIAS: Aquí la doncella vive.
LÁZARO: Ni la oigas ni la veas,
señor, hasta que se haga;
que son como las comedias,

sin saber si es buena o mala.
Ochocientos reales cuesta
la primera vez; mas luego
dan por un real ochocientas.
Déjala imprimir primero;
que comedias y doncellas,
como estén dadas al molde,
las hallarás por docenas.

CÉSAR: (Ésta es la hora que estará **Aparte**
doña Ana puesta en las rejas,
diciendo entre sí, "Pues, ¿cómo,
no es hora que venga César?
¿Yo, que pensé que tardaba,
vengo a espararle?" Aquí es fuerza
que se enoje. Mas, ¡ay, cielos!
que no he de pensar en ella;
olvidéme de olvidarme.)
Por extremo cantó Celia.

LÁZARO: Buena voz y mala cara
pocas veces son opuestas.

CÉSAR: Con el dote de la hermosa
casaba Roma a la fea;
y por no darla, la hizo
de sus gracias heredera.

LÁZARO: Laura vive aquí, que dijo,
"Con lo que la casa cuesta,
de alquiler he de hacer coche."
Y, respondiéndole a ella
dónde había de vivir,
dijo, "Cuando coche tenga,
en el coche todo el día,
y la noche en la cochera."

CÉSAR: (¿Qué he de hacer? Vuelvo a olvidarme.) **Aparte**
Señor, la noche se aleja,
y Nísida mi señora,
cuidadosa de tu ausencia,
te esperará desvelada.
Ya sabes de su firmeza
que como hermana te quiere
y como dama te cela.
No la des este cuidado.

ALEJANDRO: Más el tuyo me atormenta.

CÉSAR: ¿Qué dices?

ALEJANDRO: Importa poco;
que no sabe que estoy fuera.

CÉSAR: (Pasóse fuerte ocasión.) **Aparte**

LÁZARO: En esta casa pequeña
viven dos hembras a quien
ningún hombre, aunque más sepa,
mientras con las dos hablare,
hablará cosa a derechas.

ALEJANDRO: Pues, ¿por qué?

LÁZARO: Porque es la una
corcovada y la otra tuerta.

ARIAS: Pues una niña ceceosa
y pobre vive aquí.

LÁZARO: Ésa,
cuando cecea, no llama,
pues despide, aunque cecea.

ARIAS: Tiene tía.

LÁZARO: Arredro vaya,
y más si bien se me acuerda
de la vieja del conjuro.
ALEJANDRO: ¿Cómo fue?
LÁZARO: De esta manera;
yo me enamoré, señor,
un día, que no debiera,
o que no pagara. En fin,
consultando cierta vieja,
pidióme, para el efecto,
de su cabello una trenza.
A fuer de Zaide, busqué
ocasión para cogerla,
y halléla, señor, un día
en que, durmiendo mi prenda,
prematicario barbero,
la quité media guedeja;
mas tal que, aunque avecindada
vivió en su frente, no era
natural de su copete,
feligrés de su mollera.
Guedeja heredada fue;
y, haciendo el conjuro en ella,
a la media noche entró
en mi aposento una muerta.
Troqué en miedos los amores,
en responsos las ternezas;
y aunque allí por fuerza vino,
pienso que se fue por fuerza.
CÉSAR: (¿De qué tanto olvido sirve, **Aparte**
si nunca se olvidan penas,
y ya se acuerda de amor
el que de olvidar se acuerda?
Paréceme a mí que ahora
--mas ¿qué de locuras piensa
un amante!--que doña Ana,
no porque hablarme desea,
sino por desengañarse,
vuelve otra vez a la reja,
y que, no viéndome, dice,
--que la oigo pienso--, "Aunque vengas,
no podrá hacer el amor
que otra vez a verte vuelva."
Mira, señora, mi bien...
¿Hay locura como ésta?
¿Viome alguno? No. Por Dios,
que estaba hablando con ella.)
ALEJANDRO: Don Arias, ¡qué mal encubre
su divertimiento César!
ARIAS: Harto procura por ti
sacar fuerzas de flaqueza.
ALEJANDRO: Pierda él la ocasión, no es mucho,
pues yo callo, que él la pierda;
que él padece ausencia, y yo
padezco celos y ausencia.
ARIAS: Mira que está aquí su hermano;
habla quedo, no te entienda.
ALEJANDRO: No importa; que un noble nunca
de su honor tuvo sospecha.

Canta dentro un MÚSICO

MÚSICO: *"Al despedirse de Anarda,*
dijo Eliso en triste voz,
'¡Ay, que me muero de ausencia!
¡Ay, que me muero de amor!'"

CÉSAR: Buena voz.
FÉLIX: Es extremada.
ALEJANDRO: ¡Qué agradablemente suenan
a un mismo tiempo conformes
voz, tono, instrumento y letra!
Ahora quiero probar,
don Arias, de qué manera
Lázaro en esta ocasión,
pues la da el músico buena,
disculpa su espada.
ARIAS: ¿Cómo?
ALEJANDRO: Aquí quiero que lo veas.
¡Lázaro!
LÁZARO: ¿Señor?
ALEJANDRO: Pretendo
que cierto disgusto sepas.
Todas las noches que salgo
canta este hombre, y me pesa
de que en esta calle cante.
LÁZARO: Yo llegaré con prudencia
de tu parte, y le diré
que se vaya.
ALEJANDRO: No es aquésa
mi pretensión.
LÁZARO: Pues será
de la mía. (Si me aprieta, **Aparte**
yo soy muerto.)
ALEJANDRO: No es bastante.
LÁZARO: Pues, ¿qué quieres hacer?
ALEJANDRO: Llega,
y dale una cuchillada.
LÁZARO: Será superchería ésa;
que estoy muy acompañado
para un musiquillo. Deja
que venga solo mañana,
y te mando su cabeza.
Fuera de eso, este hombre está
inocente, y en conciencia
debes primero avisarle;
pues si culpado estuviera,
con más cólera llorara,
cantara con menos flema.
ALEJANDRO: Haz lo que mando, o diré
que de gallina lo dejas.
CÉSAR: Lázaro, ¿por qué no haces
lo que te manda su Alteza?
FÉLIX: ¿Quiéres que le dé yo?
ARIAS: O yo
le daré.
LÁZARO: ¡Brava sentencia!
Yo voy (y pienso escaparme, **Aparte**
por favor a la inocencia.)

Librodot

Sale el MÚSICO

MÚSICO: *"Rompió el silencio amoroso,*
diciendo con triste voz,
'¡Ay, que me muero de ausencia!
¡Ay, que me muero de amor!'"

LÁZARO: Plegue a Dios que, si inocente
estás, que aquí se me vuelva
aquesta espada de palo,
porque ofenderte no pueda.
¡Milagro, milagro!
ALEJANDRO: Bueno
anduvo.
LÁZARO: Dios, que no deja
de su mano al inocente,
volvió por su causa mesma.
Toma esta espada; que tú
eres digno de tal prenda;
y aunque sea milagrosa,
me darás otra por ella.
ALEJANDRO: Yo te la mando.
FÉLIX: ¿Por dónde
iremos?
CÉSAR: Demos la vuelta
hacia palacio, y allí
te quedarás.
ALEJANDRO: Tiempo queda
para recogerme.
CÉSAR: Mira
que el día, señor, se acerca.
ALEJANDRO: Poco importa, que ya el alba
me hallará de esta manera.
¿Cómo te sientes?
CÉSAR: Ya estoy
muy alegre, aunque me cuesta
el alegrarme muy caro.
ALEJANDRO: También yo de mi tristeza
estoy mejor.
CÉSAR: Yo por ti
digo, señor, que me pesa,
y te juro de no estar
triste en mi vida.
ALEJANDRO: (Aunque sea **Aparte**
villanía de amor,
parece que se consuelan
con otros gustos sus gustos,
con otras penas sus penas.)

Vanse. Salen doña ANA y ELVIRA a la reja

ELVIRA: ¿Otra vez vuelves?
ANA: No puedo
de una vez determinarme;
vengo por desengañarme,
y más engañada quedo.

Librodot

Hasta verme despreciada,
imaginé ser querida,
y hasta verme aborrecida,
no me he visto enamorada.
De su descuido ha nacido
en mí todo mi cuidado;
mas para haberme olvidado,
bastaba verse querido.
¡Ay, Elvira! No te asombres
de verme hablar de esta suerte;
el desprecio es el más fuerte
hechizo para los hombres.

ELVIRA: Quejosa con causa estás.
Mas, ¿que otra vez no vendrías
a la reja no decías?

ANA: No pude sufrirlo más.
¡Ay agravio riguroso!
Si esto llegara a advertir,
bien le pudiera escribir
papel menos amoroso.
Ya mi desdicha crüel
tarde el remedio me acuerda.
Mas, ¿qué mujer fuera cuerda
a solas con un papel?

ELVIRA: Si ahora, señora, viniera,
¿hablárasle rigurosa
o apacible y amorosa?

ANA: No sé, Elvira, lo que hiciera.
¿No puede ser que haya estado
en una ocasión forzosa
de papeles u otra cosa
de su señor ocupado?

ELVIRA: ¿Le disculpas?

ANA: Por buscar
consuelo.

ELVIRA: Quien le previene
la disculpa, gana tiene...

ANA: Di; ¿de qué?

ELVIRA: ...de perdonar.

ANA: Si viniera ahora--mira
lo que es querer--y me diera
disculpa, aunque lo supiera
yo misma que era mentira,
por mi respeto me holgara;
y por verle disculpar
hoy, me dejara engañar.
Ojalá que él me engañara.

Salen don CÉSAR y LAZARO

LÁZARO: ¿Dónde vamos de esta suerte?
¿No ves que ya ha amanecido?

CÉSAR: Voy, Lázaro, donde ha sido
mi vida, a que vea mi muerte.
Dejé al príncipe en palacio,
y con un necio deseo
vengo, por si acaso veo...

LÁZARO: Tú vienes con lindo espacio.

CÉSAR: ...alguien en las rejas.

LÁZARO: Sí,
una mujer hay, por Dios;
y aunque digo una, son dos.
CÉSAR: ¿Cómo llegaré? ¡Ay de mí!
Llega tú, Lázaro, y mira
si por ventura es mi bien.
LÁZARO: ¿Cómo he de ir yo? Que también
estará enojada Elvira.
CÉSAR: ¿Sois vos, señora?
ANA: Yo soy,
César, la que os esperaba,
que ajena entonces estaba
de lo que advertida estoy.
Pero soy la que ofendida
tiene, ya desengañada,
por culpas de declarada,
castigos de arrepentida.
¿Al día venís? ¡A fe mía,
que ha sido invención extraña!
Harto es que quien engaña
venga a engañar con el día.
Quisisteis, hasta alcanzar
un favor, que aun no tenéis;
y ya os mudáis, porque os veis
con algo que despreciar.
Y si el desengaño toco
que vuestro trato me ofrece,
es poco lo que merece
quien se contenta con poco.
No penséis, por un papel,
que fue liviano favor,
César, que ya de mi honor
tomáis posesión en él.
No hagáis por eso desprecio
de la ocasión y de mí;
si como loca os la di,
no la perdáis como necio.
Aprended a ser cortés
con las damas otro día;
y si aprendéis cortesía,
venidme a servir después.

Quítase de la ventana

CÉSAR: Pues que te he escuchado atento
hasta castigar mi culpa,
y no escuchas la disculpa,
habré de decirla al viento.
Sabe el mismo amor si lloro
tu ausencia, y que en ella muero.
Sabe el alma si te quiero.
Sabe el cielo si te adoro.
No ha sido soberbia mía;
que la ocasión me quitó
mi desdicha, porque vio
que yo no la merecía.
Y si esta ocasión perdida
sospechas que me mudó,
viva despreciado yo,
y no estés arrepentida.

Librodot

Que yo quiero, pues he sido
en venturas desdichado,
ser más cuerdo despreciado
que necio favorecido.
De día vengo, y lo sería
para mí, aunque noche fuera;
pues en viéndote, saliera
claro el sol, alegre el día.
Hasta verle me ha tenido
el príncipe, que ha rondado
la ciudad. Esto ha pasado;
tu hermano testigo ha sido.
Verdad es; si el merecer
piensas que me ha de olvidar,
vuélveme tú a despreciar,
y vuelva yo a padecer.
Seamos extremos los dos;
yo amante y tú ingrata seas;
escúchame, y no me creas.

Vuelve doña ANA a la reja

ANA: Y eso ¿es verdad?
CÉSAR: ¡Sí, por Dios!
Pero. ¿en efecto creíste
que yo pudiera olvidarte?
ANA: ¿Y tú, quizá por vengarte,
a voces no me dijiste
que ya estaba arrepentida
de quererte? Pues ¿por qué
pusiste duda en la fe,
sólo a tu gusto rendida?
Ya el sol con sus luces dora
las cumbres, y le hacen salva
a un tiempo, con risa el alba,
con lágrimas el aurora.
Tarde es; yo daré ocasión
de hablarnos, y no la pierdas.
CÉSAR: Si de mis penas te acuerdas,
glorias mis desdichas son.
ANA: Vete.
CÉSAR: Adiós, mi prenda amada.
ANA: Él te guarde, y deje ver.
CÉSAR: ¿Oyes?
ANA: ¿Qué quieres?
CÉSAR: Saber
si quedas muy enojada.
ANA: Gustos serán mis enojos,
estando juntos los dos.
CÉSAR: Adiós, mi enojada.
ANA: Adiós,
enojado de mis ojos.

Vase don CÉSAR, retírase doña ANA, y quedan ELVIRA y LAZARO

LÁZARO: Y ella, ¿qué me dice a mí?
¿No tiene estudiado nada

de enojito?
ELVIRA: ¿Yo enojada?
¿Por qué causa?
LÁZARO: Porque sí,
por que lo está su señora;
que yo, porque mi señor
amor tiene, tengo amor.
ELVIRA: No le he entendido hasta ahora.
LÁZARO: El día que mi amo tiene
alegría, alegre estoy;
si va triste, triste voy;
vengo amante, si él lo viene;
si tiene celos, celoso
me verás; y si le han dado
enojo, estaré enojado.
Mas si amoroso, amoroso;
con desdén, tendré desdén;
amaré cuando él amare;
y el día que él olvidare
yo te olvidaré también.
Seremos sombra los dos,
sea justo o no sea justo,
a la forma de tu gusto.
ELVIRA: Y eso ¿es verdad?
LÁZARO: ¡Sí, por Dios!
Y pues ellos han reñido,
riñamos los dos.
ELVIRA: ¿Por qué?
LÁZARO: Por si hubiere para qué.
Escóndete, y yo ofendido
llamaré como mi amo.
ELVIRA: Pues si yo una vez me escondo,
¿qué va que no le respondo?
LÁZARO: ¿Y qué va que no la llamo?

Vanse. Salen don FÉLIX y ALEJANDRO

FÉLIX: Parece que está triste,
divertido consigo vuestra Alteza.
ALEJANDRO: La pena que en mí asiste
no es tristeza. ¡Ojalá fuera tristeza
la que ofende mi vida,
y no una confusión mal entendida!
¡Qué de veces sucede
hacerse mil por remediar un daño!
¡Oh, dichoso el que puede
rendirse a la verdad de un desengaño,
dando, más advertido,
a libres gustos cárceles de olvido!

Salen don CÉSAR, don ARIAS y LAZARO

CÉSAR: Quedó al fin satisfecha.
ARIAS: Con el príncipe está don Félix.
CÉSAR: Creo
que quien no se aprovecha
de la ocasión no estima su deseo;

y es más segura ésta
para dar el papel y traer respuesta.
Aquí a doña Ana envío
nuevas satisfacciones con la vida,
porque dé al amor mío
la ocasión que le tiene prometida.
Toma, Lázaro, y mira
si puedes por la calle hablar a Elvira;
que pues estás seguro
de don Félix, bien puedes descuidado.

LÁZARO: Entrar dentro procuro
de su casa, fingiendo algún recado;
que pues él no está en ella,
fácil será, señor, hablarla y vella.

Vase

FÉLIX: Don César y don Arias
han llegado.

ALEJANDRO: Su plática he entendido;
mil confusiones varias
pone una confusión a mi sentido.
¿Qué es lo que se trataba?

ARIAS: César, señor, un cuento me contaba.

ALEJANDRO: Oí algunas razones,
aunque no le entendí, y saber deseo,
por quitar confusiones,
el cuento en qué paró.

CÉSAR: (¿Qué es lo que veo?) **Aparte**
Mal tu Alteza porfía
en saberle; que no es tristeza mía;
alegre estoy ahora.

ALEJANDRO: Y, ¿qué fué?

CÉSAR: De mí mismo desconfío;
don Arias no le ignora;
él le dirá mejor, y yo le fío
que él la verdad te diga.

Hablan don ARIAS y don CÉSAR
aparte

ARIAS: Con estas confïanzas más me obliga;
pero ya llega tarde.

CÉSAR: Mira lo que le dices, y no sea
algo que me acobarde.

ARIAS: Diréle una mentira que no crea
el que la verdad mira
cuál sea la verdad, cuál la mentira.

ALEJANDRO: ¿Qué hay, don Arias?

Se apartan don ARIAS y ALEJANDRO

ARIAS: Airada
la halló con mil razones rigurosas,
pero desengañada
quedó en fin a disculpas amorosas.
Un papel la ha enviado,

Librodot

viendo que está don Félix ocupado;
de éste respuesta espera,
y otra ocasión.
ALEJANDRO: ¿Ha mucho?
ARIAS: En este instante.
ALEJANDRO: ¿Hay confusión más fiera?
Remediar ese daño es importante;
que si el papel recibe,
¿quién duda los amores que la escribe?
El papel me da celos,
y temor la ocasión que en él aguarda.
¿Qué es lo que miro, cielos?
Esto me anima, aquello me acobarda.

Se acerca nuevamente a CÉSAR

En fin, ¿eso ha pasado?
CÉSAR: Don Arias la verdad te habrá contado.
ALEJANDRO: Dejando aquesto aparte,
don Félix, por no darte aquesta pena,
excusaba contarte
que, de pasión y de congoja llena,
un desmayo a doña Ana
ha dado.
FÉLIX: ¿Con desmayo mi hermana?
ALEJANDRO: Nísida me lo dijo;
yo, por no apasionarte, lo encubría.
FÉLIX: Más con eso me aflijo.
ALEJANDRO: Dígolo ahora, viendo que podía
importar tu presencia.
FÉLIX: Iré a verla, señor, con tu licencia.

Vase

ALEJANDRO: (Eso es lo que deseo, **Aparte**
que vayas a estorbarla que le escriba.)
CÉSAR: (¡Cielos! ¿Qué es lo que veo?) **Aparte**
ALEJANDRO: (Y cuando presunción de esto reciba, **Aparte**
diré que engaño era
del nombre. ¡Ay, si de amor sólo lo fuera!) **Aparte**

Vase

CÉSAR: Pues, don Arias, ¿qué es esto?
¿Qué pena o qué desdicha rigurosa
es en la que me has puesto?
ARIAS: ¡Cúlpame a mí! Por Dios, que es linda cosa,
tras haberte servido
con lo que agora al príncipe he mentido.
Él me dijo que había
oído "don Félix y doña Ana hermosa."
Y como ya tenía
el camino cogido, fue forzosa
ocasión hablar de ellos,
y el desmayo arrastré por los cabellos.
CÉSAR: Si él a Lázaro halla
con doña Ana, ¿qué haré?

ARIAS: No habrá llegado
Lázaro para hablalla;
que Félix volará con el cuidado;
y gran ventaja arguye
quien corre al que anda, y a quien corre el que huye.
CÉSAR: Ello es desdicha mía,
pues la ocasión perdida desengaña
que ha de ser mi alegría
mi pena, y el remedio quien me daña.
Y pues no hay otro medio,
máteme el mal, pues muero del remedio.

Vanse. Salen doña ANA y ELVIRA

ELVIRA: ¿Acabaste de escribir?
ANA: Escribí, mas no acabé;
que antes pienso que empecé
en cada letra a sentir.
Quise en una breve suma
cifrar mi pena crüel;
puse encontrado el papel,
y tomé al revés la pluma.
En tanto que amor penetra
las razones, le doblé;
y al poner la pluma, fue
un borrón la primer letra.
Y yo dije, "Mi pasión
letras hace a su contento,
que mal puedo el mal que siento
decirle, sino en borrón."
Confusa y dudosa estaba
qué principio tomaría
y, aunque muchos prevenía,
ninguno me contentaba.
¿No has visto en una redoma
salir el agua con pena
menos, cuando está más llena,
hasta que algún viento toma?
Así fui; porque al sentir
tantas cosas concurrieron
que unas a otras sirvieron
de estorbo para salir.
Y yo, que confusa miro
su impedimento, porque
pudieran salir, tomé
el viento con un suspiro.
Digo, en efecto, que hoy,
por darle, más declarada,
ocasión menos notada,
a ver a mi quinta voy.
Mas abierto está, y mejor
sabrás lo que dice dél.

Sale don FÉLIX, y ANA se turba, viéndole

ELVIRA: ¡Mi señor! Guarda el papel.
ANA: ¡Ay de mí!
FÉLIX: Bien el color

turbado que, haciendo pausa,
hoy tu belleza condena,
de tu dolor y mi pena
me están diciendo la causa.
Pues cuando presente tengo
esta desdicha infelice,
ella claramente dice
el cuidado con que vengo.
¿Qué es esto?

ANA: Hermano, no ha sido
cosa ninguna.

FÉLIX: No ciegues
mis ojos, ni mi mal niegues;
que ya todo lo he sabido.
Y, aunque tu pena quisiera
disimular mi disgusto,
este sentimiento injusto
por fuerza me lo dijera.
Ya sé todo lo que pasa,
bien me lo puedes decir;
que no fue en vano venir
a tales horas a casa.

ANA: No darte pena pretendo;
que sabe el cielo mejor
que no te agravia mi amor.

FÉLIX: Menos agora te entiendo.
Si por desmentir mi pena,
hermana, fingiendo estás,
¿cómo me disculparás
verte de pasiones llena?
¿Qué tienes?

ANA: No son indignos
mis deseos.

FÉLIX: Bueno va;
con el accidente está
diciendo mil desatinos.

Hablan doña ANA y ELVIRA aparte

ANA: Elvira, ¿qué puedo hacer?

ELVIRA: Negar en toda ocasión;
que es mucha la dilación
del sospechar al saber.

FÉLIX: ¿Qué es esto, Elvira?

ELVIRA: Señor,
un desmayo que la ha dado
de esta suerte la ha dejado,
sin aliento y sin color.

FÉLIX: Luego fue mi pena cierta;
que eso fue lo que temí.

ELVIRA: Yo te aseguro que aquí
la hemos tenido por muerta.
Y, aunque todavía estaba
de pena y congoja llena,
por excusarte tu pena,
la suya disimulaba.

FÉLIX: Hermana, no fue el fingir
tu pasión honrarme en ella;
pues me alegro de sabella

Librodot

para ayudarla a sentir.
Y, aunque holgarme es maravilla
de lo que es propio disgusto,
me alegro ya por el gusto
que he de tener en sentilla.
Mas, ¿para qué me decías
que los tuyos, por rodeos,
no son indignos deseos,
ni que en tu amor me ofendías?

ANA: Aunque encubrirte pensó
mi amor esta pena fiera,
si Elvira no la dijera,
dijera la verdad yo.
Mas como encubrir deseo
tu pena, dije, señor,
que no te ofendía mi amor,
ni era indigno mi deseo.

FÉLIX: ¿De qué, hermana, procedió
ese tirano accidente?

ANA: (Él aprieta bravamente; **Aparte**
pero enmendarélo yo.)
Un ruido en la calle oí,
estando muy descuidada,
y entonces, algo turbada,
a la ventana salí.
Vi que estaban a la puerta
mil hombres, desenvainadas
para uno las espadas.
(Oh, lo que un temor concierta!) **Aparte**
En todo le pareciste
al otro que allí reñía.
Yo entonces, mortal y fría,
me rendí a un desmayo triste,
que amenazó con mi muerte.
Lo demás te ha dicho Elvira.

ELVIRA: ¿Por qué he de decir mentira,
si es la verdad de esta suerte?

FÉLIX: Y, ¿cómo te sientes ya?

ANA: Más segura y descansada.

Sale LÁZARO

LÁZARO: Por Dios, sin topar en nada,
tengo de entrarme hasta acá,
porque...

FÉLIX: ¿Qué es la turbación?
¿Qué ha sucedido?

LÁZARO: ...porque...

FÉLIX: Di, Lázaro, lo que fue.

LÁZARO: (Él es fantasma o visión. **Aparte**
¿No quedó en palacio ahora?)

ANA: (Todas vienen juntas hoy **Aparte**
mis desdichas.)

LÁZARO: (Muerto soy, **Aparte**
si una invención no mejora
mi peligro, porque en fin
quien a tal amparo viene
segura la vida tiene.)
¡Ah follón! ¡Ah malandrín!

Librodot

FÉLIX: Sosiégate ya, y declara
qué ha sido.
LÁZARO: Ahí un poco era,
no es nada. Si esto no hiciera,
presumo que reventara.
Sobre el juego me encontré,
porque en efecto yo juego,
y, encontrado sobre el juego,
vida y dinero jugué.
Encontréme al encontrar
con un muy bellaco encuentro;
en efecto yo me encuentro...
(¡Cielos! ¿Dónde iré a parar?) **Aparte**
...con un hombre a quien doy nombre
de hombrecillo, así le nombro;
pues un hombre le da asombro,
aunque vive a sombra de hombre.
Y, viendo que siempre gano
otras veces que he reñido,
pidióme once de partido,
por no reñir mano y mano.
Yo, que los doce miré,
dije, "Armados, y en cuadrilla,
de pícaros en gavilla
libera nos, Domine."
Saqué la que me dio ayer
el príncipe--¡Dios le guarde!--
Al fin no la hice cobarde,
pues que los hice meter
a todos en un portal.
Luego los iba sacando
uno a uno, e iba dando
su recado a cada cual.
Juntos volvieron después
y dividiéronse en breve,
doce a este lado, a éste nueve,
y cara a cara los tres.
Para todos me acomodo.
FÉLIX: Pues los doce, nueve y tres
son veinte y cuatro.
LÁZARO: ¿No ves
que cuento sombras y todo?
A no quebrarse la espada,
cabo de año los hiciera.
FÉLIX: Pues, ¿cómo la traes entera?
LÁZARO: Entera está, y fue extremada
historia. Al uno tiré
la daga, y cuando saltó
la espada, hice daga yo
del pedazo que quebré.
Riñendo atrevido y ciego,
con saña y rabia crüel,
de un acerado broquel
saltaban chispas de fuego.
Yo, cuando la lumbre vi,
con gran presteza llegué,
y los pedazos soldé;
por eso la traigo así.
FÉLIX: ¿Cómo tiraste la daga

Librodot

si en la pretina la tienes?
LÁZARO: Pues eso es fácil, si vienes
a que a eso te satisfaga.
A quien yo se la tiré
a tirármela volvió
y, viéndola venir yo,
a tan buena hora llegué
que quiso mi buena estrella,
porque todo venga junto,
que, estando la vaina a punto,
volviese a envainarse en ella.
Oí, "¡Justicia!" en los debates
y entréme corriendo acá.
FÉLIX: (Con la turbación está **Aparte**
diciendo mil disparates.)
ANA: Aquí verás que ésta fue
la pendencia que decía.
FÉLIX: ¿Y yo quien me parecía
a Lázaro?
ANA: No lo sé;
pero un hombre más lucido
vi en ella.
FÉLIX: (Su señor era.) **Aparte**
LÁZARO: Al fin, yo de esta manera
a vuestros pies he venido.
FÉLIX: (Sin duda es el que riñó **Aparte**
César y, con brevedad,
por no decir la verdad,
estas mentiras fingió.)
Lázaro, yo voy a ver
si está segura la calle.

Vase

ELVIRA: Ahora puedes hablalle.
ANA: No me puedo detener
en decir lo que quisiera;
pero ves aquí un papel.
LÁZARO: Y ves aquí el trueco de él,
trueco que premio no espera.
ANA: Dile que no deje de ir...
LÁZARO: Sospecho que me detengo.
ANA: ...donde le aviso; que tengo
muchas cosas que decir;
pero sólo te diré
que tu pendencia ha servido
para un desmayo fingido,
y que a propósito fue.
Da a entender que tu señor
estuvo en ella, que importa
a mi propósito.
ELVIRA: Acorta
de razones.

Sale don FÉLIX

FÉLIX: No hay rumor
alguno en toda la calle;

Librodot

quieta está.
LÁZARO: Yo no lo estoy;
que a buscar a César voy,
y no lo estaré hasta hallalle.
¡Ay de mí! ¿Si estará herido?
ANA: Pues, ¿estuvo en la pendencia?
LÁZARO: No tengo tanta licencia;
que me perdones te pido.

Vase

FÉLIX: ¿Qué más claro ha de decir
que estuvo en ella?
ANA: Yo estoy
muy triste.
FÉLIX: Pues salte hoy
por el campo a divertir;
dame este contento.
ANA: El mío
es tuyo. (Y con tu licencia **Aparte**
será en fingida pendencia
verdadero el desafío.)

Vanse. Salen LAZARO, don CÉSAR y don ARIAS

LÁZARO: Pasáronme grandes cosas.
CÉSAR: Déjame abrir el papel;
que, en sabiendo lo que dice,
sabré lo demás después.
ARIAS: En fin, ¿cómo sucedió?
LÁZARO: Pues que vivo vuelvo, bien.
CÉSAR: Si el papel he de contaros,
oíd lo que dice en él.

Pónense a leer CÉSAR y ARIAS

LÁZARO: (¡Que se fíe mi señor **Aparte**
de este parlerón, sin ver
que es quien le dijo a Alejandro
la espada de palo fue!
¡Vive Dios, que éste le vende!
Que quien muere por saber
lo que no le importa es sólo
para contarlo después.)
ARIAS: Bien escribe.
CÉSAR: ¡Qué bien junta
casto amor con firme fe!
ARIAS: Yo más del papel alabo
una queja tan cortés.
Hoy, en efecto, os espera
en su quinta.
CÉSAR: Para el bien
fue cada instante una hora,
un día cada hora fue,
cada día una semana
y cada semana un mes,
cada mes un año entero,

Librodot

cada año un siglo...
LÁZARO: ¡Detén!
Y éste siglo de los siglos,
por siempre jamás. Amén.
ARIAS: ¡El príncipe!
CÉSAR: Ya me pesa
haberle visto.
ARIAS: ¿Por qué?
CÉSAR: Porque temo que me estorbe
esta ocasión.
ARIAS: Temes bien.

Sale ALEJANDRO

ALEJANDRO: (Aquí está César, y yo, **Aparte**
deseoso de saber
en qué ha parado el estorbo
de mi celoso papel,
¿cómo le enviaré de aquí?)
CÉSAR: Danos a besar tus pies.
ALEJANDRO: ¿Qué se trata ahora?
ARIAS: Nada.

Hablan don CÉSAR y LÁZARO aparte

CÉSAR: Si pregunta lo que es,
mira, por Dios, lo que dices,
no haya desmayo otra vez.
ALEJANDRO: César, papeles quedaron
por despachar desde ayer.
LÁZARO: ¿No lo dije yo? ¿Mas que hay
otra ocupación?
CÉSAR: No fue
vano mi temor.
ALEJANDRO: Ahora
puedes mirarlos, y ven
con ellos luego.
CÉSAR: Eso sí,
luego al instante vendré.
(Que pues tú me dejas ir, **Aparte**
en este día he de ver
cómo me puede quitar
la Fortuna tanto bien.)

Vanse don CÉSAR y LAZARO

ALEJANDRO: Deseando que se fuera
estaba, para saber
qué ha sucedido.
ARIAS: Señor,
lo que sucedió no sé,
aunque Félix le halló en casa.
Sólo sé que dio el papel,
y que le trajo respuesta.
ALEJANDRO: ¿Hasle leído?
ARIAS: También.
ALEJANDRO: ¿Qué le escribe?

ARIAS: Que le espera.
ALEJANDRO: ¿Hay fortuna más crüel?
Lo mismo que ha de matarme
es lo que quiero saber.
¿Dónde?
ARIAS: En su quinta esta tarde.
ALEJANDRO: ¿Ya cómo le estorbaré
esta ocasión, si yo mismo
le di licencia y se fue?
¿Qué haré, don Arias?
ARIAS: Señor,
dando alguna causa, ve
a su quinta; y como en ella
toda aquesta tarde estés,
no tendrá lugar de hablarle.
ALEJANDRO: Bien dices; pero no es
noble acción, que para mí
quite a ninguno su bien.
Con más sutil invención
el estorbarle ha de ser.
ARIAS: Félix viene aquí.
ALEJANDRO: Pues vete;
déjame solo con él.

Vase don ARIAS. Sale don FÉLIX

Don Félix, mucho me huelgo
de que hayas venido.
FÉLIX: ¿En qué
te sirvo, señor?
ALEJANDRO: Por mí
hoy una cosa has de hacer.
Sabrás que ha tenido César
un gran disgusto; ya ves
lo que le estimo.
FÉLIX: Señor,
también el disgusto sé.
ALEJANDRO: (Siempre éste fue lisonjero. **Aparte**
¿Hay cosa como saber
ya lo que no ha sucedido?)
Pues que lo sabes, también
sabrás que no es la persona
muy segura.
FÉLIX: Bien se ve;
pues a un hombre y un crïado
embistieron ocho o diez.
ALEJANDRO: (¿Hay tan notable fingir? **Aparte**
¿Mas que me dice por qué
fue la pendencia y adónde,
de qué manera y con quién?)
Yo he sabido, después de esto,
que ha recibido un papel,
diciéndole que en el campo
--junto a tu quinta ha de ser--
le esperan. Él sale solo,
muy preciado de cortés.
La persona es sospechosa,
y hame dado que temer.
Sabe Dios que yo saliera

a su lado, pero el ver
que verme a su lado a mí
no le está a su opinión bien,
me ha hecho que a ti te elija
para esto.
FÉLIX: ¿Y qué he de hacer?
ALEJANDRO: No más, Félix, que buscarle
y, sin decirle por qué
ni darte por entendido,
andarte todo hoy con él.
Esto te encargo y, en todo,
que no le des a entender
que yo te envío.
FÉLIX: Verás
cómo te sirvo.
ALEJANDRO: (Y veré **Aparte**
si contra fuerzas de amor
tiene la industria poder.)

Vanse. Salen don CÉSAR y LÁZARO

LÁZARO: A mi pendencia acogido,
lindamente me escapé.
Díjome que había servido,
aunque no sé cómo fue,
para un desmayo fingido.
Mas ella lo dirá hoy.
CÉSAR: Con lo medroso que estoy,
no me puedo asegurar,
ni pienso que he de llegar,
aunque en tantas alas voy.

Sale don FÉLIX

LÁZARO: ¿No es don Félix? ¡Cosa brava!
FÉLIX: Don César, bésoos las manos.
CÉSAR: Guárdeos Dios.
LÁZARO: (Esto faltaba.) **Aparte**
CÉSAR: (No fueron mis miedos vanos.) **Aparte**
FÉLIX: ¿Qué os hacéis?
CÉSAR: Por aquí andaba,
sin tener qué hacer. Y vos,
¿dónde vais?
FÉLIX: No sé, por Dios.
Y puesto que os he encontrado
aquí tan desocupado,
vámonos juntos los dos.
LÁZARO: (Pegóse.) **Aparte**
FÉLIX: No hay día que pase
mejor que con un amigo,
si no hay que hacer.
CÉSAR: (¡Que llegase **Aparte**
a tal extremo conmigo
Amor y no me acabase!)
Bien suele pasarse así
una tarde; mas yo voy
a un negocio por aquí.
Adiós.

FÉLIX: Pues tan libre estoy,
yo iré también por ahí.
CÉSAR: Téngome yo de quedar
en una casa.
FÉLIX: Pues, ¿yo
qué os puedo en ella estorbar?
CÉSAR: El ser lejos me obligó.
FÉLIX: Poco me puedo cansar.
Vamos.
CÉSAR: No; quedaos con Dios.
FÉLIX: Mas con eso me ofendéis.
¿No iremos juntos los dos?
Y al fin, porque no os canséis,
no me he de apartar de vos
en todo el día.
LÁZARO: (¿Es cordel?)
CÉSAR: (¿Hay desdicha más crüel?) **Aparte**
Pues, ¿qué os mueve a honrarme?
FÉLIX: Digo,
César, que soy vuestro amigo...
CÉSAR: Es así.
FÉLIX: ...y amigo fiel;
y basta que hayáis sabido
que buscándoos he venido
para esto solo; y también...
CÉSAR: Declaraos más.
FÉLIX: No es bien
darme por más entendido;
basta haberme declarado
en decir que os he buscado
y que, por ser vuestro amigo,
vuelvo a decir, que hoy os sigo,
porque importa, a vuestro lado.
Yo sé que vos me entendéis;
no os hagáis, César, de nuevas,
pues vos dónde vais sabéis.
CÉSAR: (¡Ay cielos, y qué de pruebas **Aparte**
en un desdichado hacéis!)
FÉLIX: Basta, César, que he sabido
que un disgusto habéis tenido.
CÉSAR: ¿Yo disgusto? ¡Os engañáis,
por Dios!
FÉLIX: Que no me negáis,
César, que habéis recibido
de desafío un papel,
y que a mi quinta aplazado
hoy os llamaron en él.
Hartas señas os he dado
para este enojo crüel.
Témome de una traición,
porque de quien os espera
no tengo satisfacción;
y hallarme con vos quisiera
por quitarle la ocasión.
Si al campo habéis de salir,
decid, ¿con quién podréis ir
que os pueda servir mejor?
Pues, importando a mi honor,
sabré dejaros reñir.
Salgamos juntos los dos;

yo miraré y reñid vos,
procediendo como honrado;
mas, no yendo a vuestro lado,
¡no habéis de salir, por Dios!

CÉSAR: (¿Qué más se ha de declarar? **Aparte**
Impórtame asegurar
sus temores y, advertido,
responder también fingido.)

LÁZARO: (Él el papel me vio dar.) **Aparte**

CÉSAR: Don Félix, que yo he tenido
disgusto verdad ha sido,
que he recibido el papel,
que me llamaban en él,
y al fin cuanto habéis sabido.
Las mercedes que me hacéis
estimo, como es razón;
mas del contrario que veis,
tengo la satisfacción,
don Félix, que no tenéis.
Yo sé que solo estaría,
y que me esperaba a mí,
sin tener más compañía;
porque siempre estará así,
si nunca llega la mía.
Y porque os aseguréis
de ese temor que tenéis
y creáis que se acabó
ese desafío, yo
quiero que no me dejéis.
Que, haciendo paces, es llano
que así un noble amigo gano;
pues en quien honra profesa
cualquiera disgusto cesa
el día que da la mano.
Aquesta os ofrezco a vos,
en fe de esto.

FÉLIX: Guárdeos Dios,
que así me satisfacéis.

CÉSAR: Esperad.

FÉLIX: ¿Qué me queréis?

CÉSAR: Que hemos de ir juntos los dos.

Don CÉSAR habla aparte a LÁZARO

Lázaro, disimulado,
ve donde doña Ana espera
y dila lo que ha pasado.

Vanse don CÉSAR y don FÉLIX

LÁZARO: Yo iré; pero no quisiera
hallarle luego a mi lado.
Nunca he visto hermano tal;
como mala nueva llega,
está en todo como el mal,
como los vicios se pega,
y no es hermano carnal.

TERCER ACTO

Salen don CÉSAR y LÁZARO de noche

CÉSAR: Ya entre sus brazos me pinto.
LÁZARO: Yo dibujando me voy
en los de mi Elvira.
CÉSAR: Hoy
salgo de este laberinto.
LÁZARO: Mas no entremos dentro de él;
que es salir difícil cosa.
CÉSAR: Siempre una industria ingeniosa
vence la estrella crüel.
No he visto al príncipe hoy,
ni a don Félix he encontrado,
a ningún amigo he hablado,
y a su misma casa voy.
LÁZARO: Así en este mundo pasa
que con osada cautela
quien más su peligro cela
es quien le mete en su casa.
Mil veces un retraído
ir honrando el cuerpo veo;
que es sagrado para el reo
el lado del ofendido.
Mil damas, por ocasión
de qué en la calle dirán,
meten en casa el galán,
y vuelven por su opinión.
CÉSAR: Yo, de padecer cansado
las injustas sinrazones
de perdidas ocasiones,
este remedio he buscado.
Nadie me ha visto venir;
todo el día le he tenido,
donde sabes, escondido.
Pues, ¿cómo ha de prevenir
la Fortuna siempre airada
hoy industria contra mí?
LÁZARO: ¿Hablaste a don Arias?
CÉSAR: Sí.
LÁZARO: Pues ves ahí la industria hallada.
Señor, si darme el papel
don Félix acaso viera,
que le tenías supiera,
mas no lo que dijo en él.
Si quien se lo fue a decir
hoy estorbarte desea,
¿qué importa que no te vea,
si sabe que has de venir?
Yo a ningún hombre señalo;
pero que dirá, colijo,
cualquiera cosa quien dijo
lo de la espada de palo.

CÉSAR: Don Arias es muy discreto,
muy noble y amigo mío,
que basta; y así le fío
éste y cualquiera secreto.
Sé que le sabrá guardar;
que es el secreto un tesoro.
LÁZARO: Pues tesoro que no es oro
mejor le sabrá gastar.
Y mira que este conceto
has de conocer después;
que el más avariento es
liberal de su secreto.
Santo llaman al callar
su secreto el que es discreto;
mas, por Dios, que San Secreto
ya no es fiesta de guardar.
Día de trabajo aguarde
a quien tan caro le cuesta,
y pues quebrantas la fiesta,
no quieras que otro la guarde.
CÉSAR: Repartida el alegría,
el gusto suele doblar;
pues ¿a quién se ha de fïar
si a un amigo no se fía?
LÁZARO: Que se dobla es argumento
a mi opinión oportuno;
pues lo que se dice a uno
vienen a saberlo ciento.
Y así que se dobla es cierto;
mas cuando doblarle ves,
doblez del amigo es,
por el secreto que ha muerto.

Pero mira, que a la puerta
siento ruido.
CÉSAR: ¡Advierte agora
con qué industria la Fortuna
hoy esta ocasión me estorba!
Dentro de su casa estoy.
LÁZARO: Es verdad, pero no pongas
la seguridad en eso;
que al fin se canta la gloria.

Sale ELVIRA

ELVIRA: ¿Es don César?
CÉSAR: Sí, yo soy.
ELVIRA: Mientras sale mi señora,
quiero cerrar esta puerta.
CÉSAR: Mejor dirás que el aurora
sale, a mi temor confuso
desvaneciendo las sombras.
Bien haya cuanto esperé,
desdichas, llantos, congojas,
si a costa de aquellas penas
Amor estos gustos compra.

Sale doña ANA

Librodot

ANA: No dudo que habrás culpado
mi atrevimiento.

Sale ELVIRA

ELVIRA: Señora,
mi señor está a la puerta.
ANA: ¿Qué dices?
CÉSAR: ¿Qué poco importa
contra la estrella la industria?
LÁZARO: ¿Qué hemos de hacer?
ANA: Que te escondas
será fuerza.
CÉSAR: ¿Dónde puedo?
ANA: Ésta es una cuadra sola
donde él entra pocas veces.
CÉSAR: Esconderéme, aunque ponga
a mayor riesgo mi vida;
que el verme es acción forzosa;
porque amor es fuego, y es
imposible que se esconda.

Vanse don CÉSAR y LÁZARO. Sale don FÉLIX

FÉLIX: Hermana, ¿en qué te entretienes?
ANA: Aquí me divierto ociosa,
corriendo en libres discursos
imaginaciones locas.
Pero, ¿qué novedad es
venir, señor, a estas horas?
FÉLIX: A estas horas me ha traído
un negocio que me importa,
y basta que esto te diga.
Elvira, haz que al punto pongan
la carroza y dala el manto
a doña Ana.
ANA: ¿Ahora carroza?
¿Dónde pretendes llevarme?
FÉLIX: ¡Qué sin causa te alborotas!
Hay un festín en palacio;
mandóme Nísida hermosa
convidarte de su parte;
tanto su Alteza te honra.
ANA: (¡Ay cielos! Sin duda, él sabe **Aparte**
esta ocasión, y la estorba
cuerdamente, pues cifradas
dice sus sospechas todas.
¡Ay Amor! Todas tus penas
se hicieron para mí sola,
pues yo siento lo que pierdo,
y otras sienten lo que gozan.)

Vanse doña ANA, don FÉLIX y ELVIRA. Salen don CÉSAR y LÁZARO

Librodot

LÁZARO: Ya se fueron. ¿Qué suspiras?
Pues, ¿no te basta y te sobra
estar dentro de su casa?
"Hoy", señor, si bien lo notas,
"sales de este laberinto".
Mas, ¿qué bien con sospechosas
razones te dio a entender
tu peligro y su deshonra!
Con casamiento te advierte,
y asegurarle te importa.

Sale ELVIRA

ELVIRA: Ahora puedes salir;
que ya se fueron.
LÁZARO: Acorta
de cuidados, y salgamos
de esta borrasca espantosa.
CÉSAR: ¡Para mí solo se hicieron,
Amor, tus desdichas todas;
que yo siento lo que pierdo,
y otros sienten lo que gozan!

Vase

LÁZARO: Y, ¿cómo estamos de cuenta?
ELVIRA: A mí nadie me la toma.
LÁZARO: (¿Qué va que en ella la alcanzo, **Aparte**
si hago la prueba, aunque corra?
No perdamos la ocasión.)
¡Elvirilla!
ELVIRA: Si soy sombra,
¿no ves que me voy?
LÁZARO: ¿Por qué?
[ELVIRA]: Porque se fue mi señora.

Vase

LÁZARO: Yo quedaré cual tahur
que, viendo su suerte, toma
aliento para contar
pintas--que mil fueran pocas--
y luego por una carta,
que estaba encubierta sola,
sobre su suerte, admirado
la de su contrario topa.
Y el cinco que le estorbaba,
sirviendo de encaje ahora,
espuela de su carrera,
hace que las pintas corran.
Así a mí espadas y bastos
me turban, gústanme copas;
y porque no salgo de oros,
no tengo suerte con sotas.

Vase. Salen ALEJANDRO y don ARIAS

Librodot

ARIAS: Bien la noche ha estado.
¿No alegró tu tristeza
tanta gala y belleza,
que junta has admirado?
ALEJANDRO: Antes con su alegría
doblé, don Arias, la tristeza mía.
Si a doña Ana miraba
las acciones que hacía,
en su rostro leía
que a César adoraba;
y dije, "¿Quién vio, cielos,
sin culpa agravio y sin agravio celos?"
Disculpaba otras veces
a César, porque, llena
el alma de su pena,
hizo a los ojos jueces,
y aunque él la merecía,
no trocara su pena por la mía.
ARIAS: ¿En qué ha de parar esto?
ALEJANDRO: Don Arias, en mi muerte;
que en peligro tan fuerte
tu secreto me ha puesto.
ARIAS: Yo erré; mas no te espante
que, lo que erré una vez, lleve adelante.
Allí don César viene;
ALEJANDRO: De este cancel cubierto,
hoy de su boca advierto
el ánimo que tiene,
si tú se lo preguntas.

Retírase ALEJANDRO. Sale don CÉSAR

CÉSAR: (¿Quién en el mundo vio más penas juntas?) **Aparte**
ARIAS: ¿Qué hay, don César?
CÉSAR: Desdichas
siempre de agravios llenas;
que sólo para penas
se inventaron mis dichas.
Entré, y en breve espacio,
llegó su hermano y trájola a palacio.
Dio a entender que sabía
todo lo que pasaba,
y que escondido estaba.
Al fin su cortesía
de suerte me ha obligado
que a pedírsela estoy determinado.
Con esta recompensa
le aseguro más sabio,
hago gusto el agravio,
obligación la ofensa
y, a casarme dispuesto,
el príncipe también se holgará de esto.

Vase. Sale ALEJANDRO

ARIAS: Señor, ¿hasle escuchado?

Librodot

ALEJANDRO: Como a Félix la pida,
no habrá razón que impida
dársela, y obligado,
si a mí me la pidiera,
presumo que, a ser mía, se la diera.

Sale don FÉLIX

ALEJANDRO: Don Félix, obligado
estoy de vos, y quiero,
por galardón primero,
quitaros un cuidado,
y no el menor que puedo.
(Así aseguro a esta ocasión el miedo.) **Aparte**
[U]n deudo mío en doña Ana
su pensamiento ha puesto
y, por hablaros presto,
yo tengo a vuestra hermana
casada de mi mano.
FÉLIX: Dame tus pies por el honor que gano.
ALEJANDRO: Por cartas he sabido
su altivo pensamiento,
y con mayor contento
le tengo respondido,
que yo lo trataría;
basta decir que tiene sangre mía.
Y desde aquí os prometo
tomarla yo a mi cargo;
solamente os encargo,
don Félix, el secreto;
y, pues queda tratado,
no dispongáis de darla nuevo estado.
FÉLIX: Guarde tu vida el cielo,
para que el mundo vea
honrar a quien desea
servirte; hoy en el suelo
pondré humilde la boca.
ALEJANDRO: (¡Ay necio fin de una esperanza loca!) **Aparte**

Vase

FÉLIX: Diréla esta ventura
del nuevo casamiento;
y si mi pensamiento
anima su hermosura
y mi imposible allana,
buenas albricias llevaré a mi hermana.

Vase. Salen doña ANA y ELVIRA

ELVIRA: ¿Qué sientes?
ANA: Que ya estoy muerta,
aunque, para consolarme,
la muerte quiere matarme,
y parece que no acierta.
Mal mis desdichas concierta.
Díjome Félix que amaba

Librodot

a Nísida, y que aspiraba,
Elvira, a casar con ella,
y que yo a Nísida bella
dijese que la adoraba.
Si él de veras la quisiera,
a pesar de sus enojos,
con el alma y con los ojos
su sentimiento dijera;
no esperara que yo fuera;
pero más desentendida,
con respuesta agradecida,
quizá le despertaré
una verdadera fe
de una voluntad fingida.

Sale don FÉLIX

FÉLIX: Si hace Amor que una alegría
dos pechos distintos mueva,
¡plegue a Dios que sea tu nueva,
hermana, como la mía!
En albricias te traía
lo que ya decirte quiero,
porque así obligarte espero;
que no fuera trato justo
que negaras tú mi gusto,
sabiendo el tuyo primero.
Hermana, casada estás;
deseoso de tu bien,
por mujer te pide quien
te estima y te quiere más.
Mira qué albricias me das
de tu estado y de tu aumento.
Vuélveme a dar tu contento.

Hablan aparte doña ANA y ELVIRA

ANA: Elvira, sin duda ha sido
César el que me ha pedido.
¡Qué dichoso casamiento!

Vase ELVIRA

Que he de obedecerte es llano;
y así no dudes que aquí
puedes disponer de mí
como padre y como hermano.
Si tanto en servirte gano,
oye lo que me pasó.
A Nísida dije yo
los suspiros que te cuesta,
y fue la mejor respuesta...
FÉLIX: ¿Qué?
ANA: ...que no me respondió.
Si a quien se llega a decir
tu pasión la voz esconde,
es señal, pues no responde,

Librodot

que le queda más que oír.
Vuelve de nuevo a sentir;
Tarde o nunca se libró
mujer que una vez oyó.
Prosigue, Félix; que bien
responde callando quien
oyendo no respondió.

FÉLIX: ¿Qué dicha a mi dicha iguala?
Mas término injusto fuera
que, con tan buena tercera,
esperara nueva mala.

Sale ELVIRA

ELVIRA: Don César está en la sala;
dice que te quiere hablar.

FÉLIX: Tú te puedes retirar.

ANA: (Pues viene tan descubierto, **Aparte**
sin duda mi bien es cierto.
Desde aquí quiero escuchar.)

Retíranse doña ANA y ELVIRA

FÉLIX: Don César, mucho agraviáis
esta casa, pues en ella,
sabiendo vos que lo es,
no entráis como en propia vuestra.

ANA: (Ya como hermanos se tratan.) **Aparte**

CÉSAR: Yo me detuve a la puerta
por esperar, como es justo,
que me diérades licencia.
Don Félix, bien conocéis
de mis padres la nobleza,
de mi vida las costumbres
y cantidad de mi hacienda.
El crïado que más quiere
el príncipe soy; bien muestra
en mí su poder, pues hace
mucho de nada su Alteza.
En su casa me ha crïado,
haciendo desde edad tierna
confïanza en mi persona,
como en mi ingenio experiencia.
No volví el rostro a las armas,
por inclinarme a las letras;
que valor y estudio vieron
la campaña y las escuelas.
Al fin, para no cansaros,
soy vuestro amigo, y quisiera
asegurar la amistad.

ANA: (Aquí sin duda conciertan **Aparte**
lo que ya tienen tratado;
quiero escuchar atenta.)

CÉSAR: Mi intención y mi deseo,
bien que atrevimiento sea,
más claro que las razones,
os habrán dicho las muestras;
que, informándoos tan despacio,

Librodot

haber discurrido es fuerza
el fin, pues en vuestra casa
no tenéis más que una prenda.
Confieso que, a ser del mundo
señor, aun no mereciera
mirarla; soberbia ha sido,
mas disculpada soberbia.
Perdonad; y si os obligan
mi calidad y mis prendas,
servíos con mis deseos,
y honradadme con su belleza.
¿Qué pensáis? ¿Qué os suspendéis?

ANA: (Parece que ahora empiezan **Aparte**
lo que ya tienen tratado.)

FÉLIX: Saben los cielos, don César,
lo que estimo y agradezco
vuestro deseo, y quisiera
que de secretos del alma
dieran las razones muestra.
A ningún hombre del mundo
con más gusto la ofreciera
que a vos, porque sois mi amigo;
mas no hay razón donde hay fuerza.
No os puedo dar a mi hermana
y no ha un hora que pudiera,
que eso habrá que está casada.
Tarde habéis venido, César.

ANA: (¡Cielos! ¿Qué es esto que escucho?) **Aparte**

CÉSAR: Si pensáis de esa manera
castigar no haberos dicho
antes de ahora mis penas,
yo quedo bien castigado;
bastan, don Félix, las pruebas,
pues que nunca llega tarde
conocimiento que llega.
A tiempo estáis de enmendar
esas pasadas ofensas;
y pues no habéis ignorado
que os está bien que esto sea,
no desechéis la ocasión.

FÉLIX: Ni ignoro vuestra nobleza,
ni que a mí me está muy bien
honrar mi casa con ella;
pero solamente ignoro
en qué razón os ofenda
para enmendarlo. ¡Por Dios,
que está casada! Quisiera
poder deciros con quién.
Y aquí ahora, por más señas,
a mi hermana la decía
de su casamiento, y ella,
por ser mi gusto, lo oyó
muy alegre y muy contenta.

ANA: (¿Qué es esto, cielos? Elvira, **Aparte**
esto me importa, aunque sea
atrevimiento terrible.
Hoy tengo de hablar a César.)

CÉSAR: (¿Doña Ana alegre y casada, **Aparte**
y yo con vida? ¡Paciencia,
pues si no pierdo la vida

Librodot

es porque a doña Ana pierda!)
Don Félix, bien os vengáis
de mis deseos, pues eran
aspirar a tanta gloria,
y al fin me dejáis sin ella.
Pues fue tan corta mi suerte
que no pude merecerla,
y mi señora doña Ana
está casada y contenta,
el nuevo dueño la goce
tantos años que no tenga
memoria de ellos la muerte.

ELVIRA: (Mas, ¿qué presto se consuelan **Aparte**
los hombres en sus desdichas!)

Hablan aparte doña ANA y ELVIRA

ANA: ¡Ay, Elvira, quién pudiera
hablar a César!
ELVIRA: Aguarda;
veamos si mi industria llega
a lograrlo de esta suerte.

Sale ELVIRA

ELVIRA: Un hombre espera a la puerta,
diciendo que quiere hablarte.
FÉLIX: Perdonadme, y dad licencia
de ver quién es; que ya vuelvo
al instante.
CÉSAR: Id norabuena.

Vase don FÉLIX

¿Hasta cuándo, hados impíos,
habéis de afligirme?

Sale doña ANA

ANA: César,
¿qué es esto?
CÉSAR: Desdichas mías,
que con tirana violencia
el alma oprimen.
ANA: Escucha;
que nunca mi fe pudiera
negar lo mucho que estimo.

Al paño habla don FÉLIX saliendo; y doña ANA se retira apriesa

FÉLIX: No vi a nadie.
ELVIRA: Ya dio vuelta.
ANA: (¡Infeliz de quien la falta **Aparte**
tiempo aun de hablar en sus penas!)

Librodot

Vase

FÉLIX: Hasta la calle salí.
ELVIRA: Yo te aseguro que vuelva,
si te ha menester.

Vase

CÉSAR: Don Félix,
encareceros quisiera
lo agradecido que estoy
a mi desdicha, pues ella
me ha dado aquí un desengaño
tan grade, que no pudiera
con otro satisfacerme.
Casada doña Ana bella
está, que ya no lo dudo;
ruego a los cielos que sea
con el gusto que deseo
para mí.
FÉLIX: Mirad, don César,
que soy muy amigo vuestro,
y que por eso no cesa
mi amistad.
CÉSAR: No, pues la mía
en el mismo estado queda.

Vanse. Sale ALEJANDRO

ALEJANDRO: Cuando de mi confuso pensamiento,
necio Amor, locos casos imagino,
menos me atrevo y más me determino,
que sobra amor y falta atrevimiento.
Desconocido a mi valor, intento
a un agravio remedio peregrino;
y, animándole, apenas adivino
verdugo de mi infamia el sentimiento.
Olvido ingrato, agradecido adoro,
aborrezco cobarde, amo atrevido,
llamo y me huyo, quiero y no deseo;
canto mis penas, y mis glorias lloro.
¿Qué mucho viva o muera arrepentido,
si he de perder la vida o el deseo?

Sale LÁZARO

LÁZARO: Mandóme don César que
buscase a don Félix; por-
que quiere hablarle, y aunque
me ha costado mucho tor-
mento, a don Félix no hallé,
ni ahora a mi señor tampoco
hallo en toda la ciudad.
Ellos me han de volver loco;
mas si va a decir verdad,

Librodot

ellos tiene que hacer poco.
Mas aquí el príncipe está.
ALEJANDRO: ¡Lázaro!
LÁZARO: Buen caballero
te faltó.
ALEJANDRO: ¿Cómo va?
LÁZARO: Ya
puedes ver.
ALEJANDRO: ¿Qué hay?
LÁZARO: No hay dinero;
y así, no sé cómo va.
Remendaba con estilo
sus calzones un mancebo.
Yo, que le acechaba, vilo,
y pregunté, "¿Qué hay de nuevo?"
Y él respondió, "Sólo el hilo."
Yo a decirle no me atrevo,
porque aun el hilo no es nuevo;
pero, mirándome así,
un famoso arbitrio di.
ALEJANDRO: Si fue tuyo, ya le apruebo.
LÁZARO: ¿Puesto en uso no se ve
traer calzones de bayeta?
Pues yo fui quien lo inventé,
que soy Adán de esta seta.
ALEJANDRO: ¿Y de qué manera fue?
LÁZARO: Si el saberlo te desvela,
yo unos calzones tenía
muy rotos, y con cautela,
faltóme la tela un día,
y púseme la entretela.
Agradó el gusto, y no lejos
del mío, muchos después
admitieron mis consejos;
así que cuanto hoy ves
todos son calzones viejos.
ALEJANDRO: ¡Quién, para poderte oír,
no tuviera que sentir!

Vase

LÁZARO: Ríe el pobre, el rico llora,
y así en este mundo ahora
todo es llorar y reír.

Sale don CÉSAR

CÉSAR: A que el príncipe se fuera,
Lázaro, esperando estuve,
para hacer entre los dos
glorias y penas comunes.
Don Félix casa a doña Ana,
y no conmigo, ni pude
saber con quién. En efecto
mi bien de mi mal se arguye;
que esta noche, cuando el sol
en pavimentos azules
haga el tálamo de Tetis

Librodot

sepulcro undoso a sus luces,
la he de sacar de su casa.
LÁZARO: Pues por todas estas cruces,
que no ha de saberlo Arias.
¿Posible es que no rehuses
el descubrir tu secreto?
De esta ocasión se concluyen
tu bien o tu mal.
CÉSAR: Es cierto.
LÁZARO: Pues cuando decirlo excuses,
¿qué pierdes? Cuando lo digas,
¿qué ganas?
CÉSAR: Porque no culpes
que no estimo tu consejo,
y porque del todo apure
amor mi desdicha, hoy quiero
callar mi secreto.
LÁZARO: Hoy suben
al cielo tus esperanzas,
para que de todas triunfes.
Habla a todos, está alegre,
e iremos, cuando las nubes
por la muerte de las flores
se vistan negros capuces.

Sale don ARIAS

ARIAS: ¡Don César!

A don CÉSAR, al oído

LÁZARO: No hay nada nuevo,
porque no nos lo pregunte.
ARIAS: ¿Qué tenéis?
LÁZARO: Aunque está triste,
no es pendencia, no te juntes;
que no ha menester tu lado.
ARIAS: ¿Qué ha sucedido?
CÉSAR: Que tuve
cultivada una esperanza
que, a tiempo de darme dulce
fruto, se secó en su flor,
siendo mi estrella el octubre.
Don Félix casa a doña Ana,
que así su quietud presume;
pedísela por mujer,
respondióme que propuse
tarde mi intento, y que está
casada y contenta. ¿Sufren
los celos mayores penas?
LÁZARO: Ya basta, señor. --Excuse
vuesa merced el hablarle,
porque le dan pesadumbre
unos vaguidos muy grandes
que a la cabeza le suben.
ARIAS: ¿En qué puedo yo serviros?
LÁZARO: (En callar.) **Aparte**
ARIAS: ¡Por Dios, que encubre

mi pecho harto sentimiento!

Vase

LÁZARO: (Porque cesan tus embustes.) **Aparte**
CÉSAR: Amor, si acaso te mueven,
por dios, tantas inquietudes,
ya es tiempo que con un bien
mil sentimientos disculpes.
Ya basta lo que he sufrido.
No es mucho que disimules
mis cortos merecimientos,
por la gloria a que me opuse.
Ya no ha de ser el perderla
lo que más mis dichas turbe,
mas ver que otro esté gozando
lo que yo esperando estuve.

Salen ALEJANDRO y don ARIAS, hablando entre sí

ALEJANDRO: ¿Eso ha pasado?
ARIAS: Aquí estaba.
ALEJANDRO: Pues porque no se asegure
que, cuando tuvo ocasiones
sólo, ocupado le tuve,
y no advierta la malicia,
esta noche es bien le ocupe,
porque no tiene que hacer,
y un día a otro se disculpen.
¡César!
CÉSAR: ¿Señor?
ALEJANDRO: Hasta el día
he de escribir, porque es lunes,
y he de despachar a Roma
y Nápoles.
CÉSAR: Yo voy. (Huyen **Aparte**
de mis manos las venturas.
Lunes fue, para que impugnen
los días como las horas.)

Don CÉSAR habla aparte a LÁZARO

¿"Mis dichas", Lázaro, "suben
al cielo mis esperanzas"?
LÁZARO: ¿Yo, señor, qué culpe tuve?
CÉSAR: Tú me dijiste que aquí
estuviese.
LÁZARO: No me culpes.
CÉSAR: ¿Quién te mete en dar consejos?
LÁZARO: Mi desdicha.
CÉSAR: ¡Que me ayude
tan poco el tiempo que sean
martes para mí los lunes!
Aquí está todo aderezo.
¡Plegue al cielo no me turbe,
que tengo el alma en doña Ana
llena de mil pesadumbres!

Librodot

Sacan un bufete con escribanía, vanse don ARIAS y LÁZARO, y escribe don CÉSAR

ALEJANDRO: Despejad. (Hoy de los celos **Aparte**
hacer experiencia pude,
y en perdidas esperanzas
veré los toques que sufren.)

Decid, "Yo estoy..."
CÉSAR: Estoy... (muerto de celos...) **Aparte**
ALEJANDRO: "...tratando con secreto..."
CÉSAR: "con secreto..."
(¡Aun no pude gozar la ocasión, cielos!)
ALEJANDRO: "...el casamiento..."
CÉSAR: El casamiento...(efeto **Aparte**
no ha de tener.)
ALEJANDRO: "Al fin vuestros desvelos
le tendrán."
CÉSAR: Le tendrán... (mas no los míos; **Aparte**
que vientos pueblo, cuando aumento ríos.)
ALEJANDRO: "Lo que yo os aseguro..."
CÉSAR: Os aseguro...
(...es mi muerte.) **Aparte**
ALEJANDRO: "...que vuestro honor procuro."
CÉSAR: Procuro... (divertirme, mas no puedo.) **Aparte**
ALEJANDRO: "Por ser doña Ana..."
CÉSAR: (Aquí rendido quedo.) **Aparte**
Doña Ana...
ALEJANDRO: "Castelví por su nobleza
y ángel por sus virtudes y belleza."
CÉSAR: ¿Dónde tu alteza aquesta carta envía?
ALEJANDRO: A Flandes.
CÉSAR: Para Flandes no es hoy día,
y así podrá dejarse hasta mañana.
ALEJANDRO: (Perdió el color al nombre de doña Ana.) **Aparte**
No importa que hoy no sea;
escrita se estará.
CÉSAR: (¿Quién hay que crea
tan tirano rigor, pena tan fiera?)
ALEJANDRO: Proseguid, repitiendo la postrera
razón.
CÉSAR: "Rendido quedo."
ALEJANDRO: Pues, ¿yo he dicho
tal razón? Dad acá.
CÉSAR: Lo dicho he dicho.

Toma ALEJANDRO la carta y lee

ALEJANDRO: "Yo estoy muerto de celos, tratando con
secreto, aun no pude gozar la ocasión;
el casamiento efeto no ha de tener;
al fin vuestros desvelos le tendrán, no
los míos; lo que yo os aseguro es mi
muerte; que vuestro honor procuro, por
ser doña Ana... Aquí rendido quedo."

¿Yo os he dicho que escribáis

Librodot

de esta suerte?
CÉSAR: Si han podido
obligarte en algún tiempo,
Alejandro, mis servicios,
ahora le tienes de honrarme;
que no es de tu pecho digno
blasón que, por el ajeno
honor, me quites el mío.
Casado estoy con doña Ana;
casado no, pero digo
que a este fin habrá dos años
que la quise y que me quiso.
No diré las ocasiones
que por tu causa he perdido,
anteponiendo leal
a mi gusto tu servicio.
Mas sólo diré que hoy,
sabiendo que el cielo impío
su casamiento ordenaba,
trató casarse conmigo.
Pensando que me estorbaba,
negué el secreto a un amigo,
pero viendo que no tiene
en mí el secreto peligro,
sólo a algún planeta doy,
sólo atribuyo a algún signo
el querer con mala estrella,
pues ellas la causa han sido.
Pero si suelen vencerse
con reservados arbitrios,
para que en mi estrella juzgues,
hoy el cielo te previno.
ALEJANDRO: Si en perdidas ocasiones,
don César, has conocido
que fue culpa de tu estrella,
no condenes al amigo;
supuesto que no bastó
hoy para haberla perdido
haber callado el secreto;
que sucediera lo mismo
cuando siempre le guardaras;
pero yo estoy ofendido
de que tratases casarte
sin saber el gusto mío.
Dame la pluma; que yo
quiero escribir, que ya he visto
lo poco de que me sirves.
CÉSAR: De poco, señor, te sirvo,
pero ninguno...
ALEJANDRO: Ya basta.

Escribe

CÉSAR: (Si de la Fortuna ha sido **Aparte**
este juego, en solo un lance
al rey y dama he perdido.
¿Hay más tormento en el mundo?
¿Hay más pena en el abismo?
No, pues no la tengo yo.)

Librodot

ALEJANDRO: Cerrad el papel que he escrito,
y llevádsele a don Félix,
que haga lo que en él le digo.
CÉSAR: ¿Hoy he de llevarle?
ALEJANDRO: Sí.
CÉSAR: Que no hay correo imagino.
ALEJANDRO: Llevadle vos a su casa;
que con un propio le envío.
CÉSAR: (Perdida he visto una dama, **Aparte**
y un señor airado he visto,
y no sé para otra vez
cuál de los dos he temido.)

Vase. Salen don FÉLIX y don ARIAS

ARIAS: Ya ha acabado de escribir.
ALEJANDRO: Don Félix, nuevas ha habido
de que hoy entra en Parma el novio,
y aun en vuestra casa han dicho.
FÉLIX: Beso mil veces tus pies,
y por doña Ana te pido
las manos. Yo voy a darla,
con tu licencia, el aviso,
para que esté prevenida.

Vase

ALEJANDRO: ¡Don Arias!
ARIAS: ¿En qué te sirvo?
ALEJANDRO: Tú has de jurar en la cruz
de aquesta espada que ciño
que jamás ha de saber
doña Ana que la he querido,
ni César que le he estorbado.
ARIAS: Así juro de cumplirlo
en la cruz de aquesta espada.
Y yo ahora te suplico
que no le digas a César
que soy el que te lo dijo.
ALEJANDRO: Yo lo prometo; partamos
a ser de su bien testigos,
que hoy a Alejandro, en grandeza
como en el nombre, le imito.

Vanse. Salen don FÉLIX, doña ANA y ELVIRA

ANA: Esto es verdad.
FÉLIX: ¡Qué bien pagas,
hermana, el cuidado mío!
¿Promesa de religión?
ANA: No lo dije a los principios,
por pensar que no llegara
a efecto; mas ya que he visto
que le tiene, que no puedo
casarme, hermano, te digo.
FÉLIX: ¿Qué diré al príncipe yo?

ANA: (¡Que no haya César venido! **Aparte**
Mas ya viene; bien podré
irme con él.)

Salen don CÉSAR y LÁZARO

CÉSAR: (Mi mal sigo, **Aparte**
pues del rigor que padezco
soy instrumento yo mismo.)
LÁZARO: (¡Mas que para en casamiento!)
CÉSAR: Don Félix, no haber pedido
licencia es haberla dado
este papel que hoy ha escrito
el príncipe para vos.
FÉLIX: Y yo el cuidado os estimo.
CÉSAR: (¡Ay perdida gloria mía!) **Aparte**
ANA: ((Ay querido dueño mío!) **Aparte**

Lee para sí

FÉLIX: "Porque, prevenida la gloria, hace
menor el gusto, no os he dicho antes
de ahora que la persona que os tengo
propuesta es don César. En él
concurren todas las calidades que
podéis imaginar. Dadle a vuestra
hermana, que él solo la merece, si
deja merecerse tanta ventura."

César, el príncipe escribe
que para quien ha pedido
mi hermana sois vos.
ANA: ¡Ay cielos!
CÉSAR: ¿Qué decís?
FÉLIX: Que ya suspiro
con otra causa, pues nunca
hubo contento cumplido.
Que para que no os merezca,
doña Ana ahora me dijo
que no se puede casar
por una promesa que hizo.
ANA: Es verdad que yo lo dije.
CÉSAR: (¡Cielos! ¿Qué es esto que miro? **Aparte**
¿Doña Ana finge promesas
por no casarse conmigo?)
FÉLIX: Leed, don César, el papel.

Salen ALEJANDRO, NÍSIDA, y don ARIAS

ALEJANDRO: No le leáis; que si escribo
ausente, presente estoy,
y afirmaré lo que firmo.
FÉLIX: En buena ocasión me has puesto.
Danos tus pies.
NÍSIDA: Yo he venido
con mi hermano por tener

parte en vuestros regocijos.
ALEJANDRO: Don César, de esta manera
enseño a premiar servicios.
Dadle a doña Ana la mano;
que yo vengo a ser padrino.

Hablan aparte don FÉLIX y doña ANA

FÉLIX: ¿Qué he de decir?
ANA: No te aflijas;
que en tal fuerza es permitido
conmutarse en otra cosa
la promesa.
CÉSAR: Si rendido
a tus pies...
ANA: Alza del suelo;
que mi promesa he cumplido;
pues prometí no casarme,
no siendo, César, contigo.
LÁZARO: Ya, señor, casado estás.
¡Gracias a Dios que salimos
de esta empresa con victoria!
Mas, ¡por Dios! que no te envidio.
ALEJANDRO: Yo he de partir luego a Flandes
a servir al gran Filipo
segundo, donde Mastrique
venga a ser el blasón mío;
y por dejar en mi estado
gobierno, a Félix elijo,
que a Nísida dé la mano.
FÉLIX: Mil veces los pies te pido
por las honras que me ofreces.
NÍSIDA: Tu gusto fue mi albedrío.
LÁZARO: ¡Elvira!
ELVIRA: ¿Qué?
LÁZARO: Yo me voy;
que, si me tardo un poquito,
según que vienen casando,
te habrás de casar conmigo.
ARIAS: Nadie fíe su secreto
del más cuerdo y más amigo;
que en la más sana intención
está un secreto a peligro,
y no se queje de agravio
quien no calla el suyo mismo.
CÉSAR: Y aquí da fin la comedia,
por quien el perdón os pido.

FIN DE LA COMEDIA

Actualización más reciente:

JORNADA TERCERA

Salen don CÉSAR y LÁZARO de noche

CÉSAR: Ya entre sus brazos me pinto.
LÁZARO: Yo dibujando me voy
en los de mi Elvira.
CÉSAR: Hoy
salgo de este laberinto.
LÁZARO: Mas no entremos dentro de él;
que es salir difícil cosa.
CÉSAR: Siempre una industria ingeniosa
vence la estrella crüel.
No he visto al príncipe hoy,
ni a don Félix he encontrado,
a ningún amigo he hablado,
y a su misma casa voy.
LÁZARO: Así en este mundo pasa
que con osada cautela
quien más su peligro cela
es quien le mete en su casa.
Mil veces un retraído
ir honrando el cuerpo veo;
que es sagrado para el reo
el lado del ofendido.
Mil damas, por ocasión
de qué en la calle dirán,
meten en casa el galán,
y vuelven por su opinión.
CÉSAR: Yo, de padecer cansado
las injustas sinrazones
de perdidas ocasiones,
este remedio he buscado.
Nadie me ha visto venir;
todo el día le he tenido,
donde sabes, escondido.
Pues, ¿cómo ha de prevenir
la Fortuna siempre airada
hoy industria contra mí?
LÁZARO: ¿Hablaste a don Arias?
CÉSAR: Sí.
LÁZARO: Pues ves ahí la industria hallada.
Señor, si darme el papel
don Félix acaso viera,
que le tenías supiera,
mas no lo que dijo en él.
Si quien se lo fue a decir
hoy estorbarte desea,
¿qué importa que no te vea,
si sabe que has de venir?
Yo a ningún hombre señalo;
pero que dirá, colijo,
cualquiera cosa quien dijo
lo de la espada de palo.
CÉSAR: Don Arias es muy discreto,
muy noble y amigo mío,
que basta; y así le fío

Librodot

éste y cualquiera secreto.
Sé que le sabrá guardar;
que es el secreto un tesoro.
LÁZARO: Pues tesoro que no es oro
mejor le sabrá gastar.
Y mira que este conceto
has de conocer después;
que el más avariento es
liberal de su secreto.
Santo llaman al callar
su secreto el que es discreto;
mas, por Dios, que San Secreto
ya no es fiesta de guardar.
Día de trabajo aguarde
a quien tan caro le cuesta,
y pues quebrantas la fiesta,
no quieras que otro la guarde.
CÉSAR: Repartida el alegría,
el gusto suele doblar;
pues ¿a quién se ha de fïar
si a un amigo no se fía?
LÁZARO: Que se dobla es argumento
a mi opinión oportuno;
pues lo que se dice a uno
vienen a saberlo ciento.
Y así que se dobla es cierto;
mas cuando doblarle ves,
doblez del amigo es,
por el secreto que ha muerto.

Pero mira, que a la puerta
siento ruido.
CÉSAR: ¡Advierte agora
con qué industria la Fortuna
hoy esta ocasión me estorba!
Dentro de su casa estoy.
LÁZARO: Es verdad, pero no pongas
la seguridad en eso;
que al fin se canta la gloria.

Sale ELVIRA

ELVIRA: ¿Es don César?
CÉSAR: Sí, yo soy.
ELVIRA: Mientras sale mi señora,
quiero cerrar esta puerta.
CÉSAR: Mejor dirás que el aurora
sale, a mi temor confuso
desvaneciendo las sombras.
Bien haya cuanto esperé,
desdichas, llantos, congojas,
si a costa de aquellas penas
Amor estos gustos compra.

Sale doña ANA

ANA: No dudo que habrás culpado
mi atrevimiento.

Sale ELVIRA

ELVIRA: Señora,
mi señor está a la puerta.
ANA: ¿Qué dices?
CÉSAR: ¿Qué poco importa
contra la estrella la industria?
LÁZARO: ¿Qué hemos de hacer?
ANA: Que te escondas
será fuerza.
CÉSAR: ¿Dónde puedo?
ANA: Ésta es una cuadra sola
donde él entra pocas veces.
CÉSAR: Esconderéme, aunque ponga
a mayor riesgo mi vida;
que el verme es acción forzosa;
porque amor es fuego, y es
imposible que se esconda.

Vanse don CÉSAR y LÁZARO. Sale don FÉLIX

FÉLIX: Hermana, ¿en qué te entretienes?
ANA: Aquí me divierto ociosa,
corriendo en libres discursos
imaginaciones locas.
Pero, ¿qué novedad es
venir, señor, a estas horas?
FÉLIX: A estas horas me ha traído
un negocio que me importa,
y basta que esto te diga.
Elvira, haz que al punto pongan
la carroza y dala el manto
a doña Ana.
ANA: ¿Ahora carroza?
¿Dónde pretendes llevarme?
FÉLIX: ¡Qué sin causa te alborotas!
Hay un festín en palacio;
mandóme Nísida hermosa
convidarte de su parte;
tanto su Alteza te honra.
ANA: (¡Ay cielos! Sin duda, él sabe **Aparte**
esta ocasión, y la estorba
cuerdamente, pues cifradas
dice sus sospechas todas.
¡Ay Amor! Todas tus penas
se hicieron para mí sola,
pues yo siento lo que pierdo,
y otras sienten lo que gozan.)

Vanse doña ANA, don FÉLIX y ELVIRA. Salen don CÉSAR y LÁZARO

LÁZARO: Ya se fueron. ¿Qué suspiras?
Pues, ¿no te basta y te sobra
estar dentro de su casa?

Librodot

"Hoy", señor, si bien lo notas,
"sales de este laberinto".
Mas, ¿qué bien con sospechosas
razones te dio a entender
tu peligro y su deshonra!
Con casamiento te advierte,
y asegurarle te importa.

Sale ELVIRA

ELVIRA: Ahora puedes salir;
que ya se fueron.
LÁZARO: Acorta
de cuidados, y salgamos
de esta borrasca espantosa.
CÉSAR: ¡Para mí solo se hicieron,
Amor, tus desdichas todas;
que yo siento lo que pierdo,
y otros sienten lo que gozan!

Vase

LÁZARO: Y, ¿cómo estamos de cuenta?
ELVIRA: A mí nadie me la toma.
LÁZARO: (¿Qué va que en ella la alcanzo, **Aparte**
si hago la prueba, aunque corra?
No perdamos la ocasión.)
¡Elvirilla!
ELVIRA: Si soy sombra,
¿no ves que me voy?
LÁZARO: ¿Por qué?
[ELVIRA]: Porque se fue mi señora.

Vase

LÁZARO: Yo quedaré cual tahur
que, viendo su suerte, toma
aliento para contar
pintas--que mil fueran pocas--
y luego por una carta,
que estaba encubierta sola,
sobre su suerte, admirado
la de su contrario topa.
Y el cinco que le estorbaba,
sirviendo de encaje ahora,
espuela de su carrera,
hace que las pintas corran.
Así a mí espadas y bastos
me turban, gústanme copas;
y porque no salgo de oros,
no tengo suerte con sotas.

Vase. Salen ALEJANDRO y don ARIAS

ARIAS: Bien la noche ha estado.
¿No alegró tu tristeza

tanta gala y belleza,
que junta has admirado?
ALEJANDRO: Antes con su alegría
doblé, don Arias, la tristeza mía.
Si a doña Ana miraba
las acciones que hacía,
en su rostro leía
que a César adoraba;
y dije, "¿Quién vio, cielos,
sin culpa agravio y sin agravio celos?"
Disculpaba otras veces
a César, porque, llena
el alma de su pena,
hizo a los ojos jueces,
y aunque él la merecía,
no trocara su pena por la mía.
ARIAS: ¿En qué ha de parar esto?
ALEJANDRO: Don Arias, en mi muerte;
que en peligro tan fuerte
tu secreto me ha puesto.
ARIAS: Yo erré; mas no te espante
que, lo que erré una vez, lleve adelante.
Allí don César viene;
ALEJANDRO: De este cancel cubierto,
hoy de su boca advierto
el ánimo que tiene,
si tú se lo preguntas.

Retírase ALEJANDRO. Sale don CÉSAR

CÉSAR: (¿Quién en el mundo vio más penas juntas?) **Aparte**
ARIAS: ¿Qué hay, don César?
CÉSAR: Desdichas
siempre de agravios llenas;
que sólo para penas
se inventaron mis dichas.
Entré, y en breve espacio,
llegó su hermano y trájola a palacio.
Dio a entender que sabía
todo lo que pasaba,
y que escondido estaba.
Al fin su cortesía
de suerte me ha obligado
que a pedírsela estoy determinado.
Con esta recompensa
le aseguro más sabio,
hago gusto el agravio,
obligación la ofensa
y, a casarme dispuesto,
el príncipe también se holgará de esto.

Vase. Sale ALEJANDRO

ARIAS: Señor, ¿hasle escuchado?
ALEJANDRO: Como a Félix la pida,
no habrá razón que impida
dársela, y obligado,

Librodot

si a mí me la pidiera,
presumo que, a ser mía, se la diera.

Sale don FÉLIX

ALEJANDRO: Don Félix, obligado
estoy de vos, y quiero,
por galardón primero,
quitaros un cuidado,
y no el menor que puedo.
(Así aseguro a esta ocasión el miedo.) **Aparte**
[U]n deudo mío en doña Ana
su pensamiento ha puesto
y, por hablaros presto,
yo tengo a vuestra hermana
casada de mi mano.
FÉLIX: Dame tus pies por el honor que gano.
ALEJANDRO: Por cartas he sabido
su altivo pensamiento,
y con mayor contento
le tengo respondido,
que yo lo trataría;
basta decir que tiene sangre mía.
Y desde aquí os prometo
tomarla yo a mi cargo;
solamente os encargo,
don Félix, el secreto;
y, pues queda tratado,
no dispongáis de darla nuevo estado.
FÉLIX: Guarde tu vida el cielo,
para que el mundo vea
honrar a quien desea
servirte; hoy en el suelo
pondré humilde la boca.
ALEJANDRO: (¡Ay necio fin de una esperanza loca!) **Aparte**

Vase

FÉLIX: Diréla esta ventura
del nuevo casamiento;
y si mi pensamiento
anima su hermosura
y mi imposible allana,
buenas albricias llevaré a mi hermana.

Vase. Salen doña ANA y ELVIRA

ELVIRA: ¿Qué sientes?
ANA: Que ya estoy muerta,
aunque, para consolarme,
la muerte quiere matarme,
y parece que no acierta.
Mal mis desdichas concierta.
Díjome Félix que amaba
a Nísida, y que aspiraba,
Elvira, a casar con ella,
y que yo a Nísida bella

dijese que la adoraba.
Si él de veras la quisiera,
a pesar de sus enojos,
con el alma y con los ojos
su sentimiento dijera;
no esperara que yo fuera;
pero más desentendida,
con respuesta agradecida,
quizá le despertaré
una verdadera fe
de una voluntad fingida.

Sale don FÉLIX

FÉLIX: Si hace Amor que una alegría
dos pechos distintos mueva,
¡plegue a Dios que sea tu nueva,
hermana, como la mía!
En albricias te traía
lo que ya decirte quiero,
porque así obligarte espero;
que no fuera trato justo
que negaras tú mi gusto,
sabiendo el tuyo primero.
Hermana, casada estás;
deseoso de tu bien,
por mujer te pide quien
te estima y te quiere más.
Mira qué albricias me das
de tu estado y de tu aumento.
Vuélveme a dar tu contento.

Hablan aparte doña ANA y ELVIRA

ANA: Elvira, sin duda ha sido
César el que me ha pedido.
¡Qué dichoso casamiento!

Vase ELVIRA

Que he de obedecerte es llano;
y así no dudes que aquí
puedes disponer de mí
como padre y como hermano.
Si tanto en servirte gano,
oye lo que me pasó.
A Nísida dije yo
los suspiros que te cuesta,
y fue la mejor respuesta...
FÉLIX: ¿Qué?
ANA: ...que no me respondió.
Si a quien se llega a decir
tu pasión la voz esconde,
es señal, pues no responde,
que le queda más que oír.
Vuelve de nuevo a sentir;
Tarde o nunca se libró

Librodot

mujer que una vez oyó.
Prosigue, Félix; que bien
responde callando quien
oyendo no respondió.

FÉLIX: ¿Qué dicha a mi dicha iguala?
Mas término injusto fuera
que, con tan buena tercera,
esperara nueva mala.

Sale ELVIRA

ELVIRA: Don César está en la sala;
dice que te quiere hablar.

FÉLIX: Tú te puedes retirar.

ANA: (Pues viene tan descubierto, **Aparte**
sin duda mi bien es cierto.
Desde aquí quiero escuchar.)

Retíranse doña ANA y ELVIRA

FÉLIX: Don César, mucho agraviáis
esta casa, pues en ella,
sabiendo vos que lo es,
no entráis como en propia vuestra.

ANA: (Ya como hermanos se tratan.) **Aparte**

CÉSAR: Yo me detuve a la puerta
por esperar, como es justo,
que me diérades licencia.
Don Félix, bien conocéis
de mis padres la nobleza,
de mi vida las costumbres
y cantidad de mi hacienda.
El crïado que más quiere
el príncipe soy; bien muestra
en mí su poder, pues hace
mucho de nada su Alteza.
En su casa me ha crïado,
haciendo desde edad tierna
confïanza en mi persona,
como en mi ingenio experiencia.
No volví el rostro a las armas,
por inclinarme a las letras;
que valor y estudio vieron
la campaña y las escuelas.
Al fin, para no cansaros,
soy vuestro amigo, y quisiera
asegurar la amistad.

ANA: (Aquí sin duda conciertan **Aparte**
lo que ya tienen tratado;
quiero escuchar atenta.)

CÉSAR: Mi intención y mi deseo,
bien que atrevimiento sea,
más claro que las razones,
os habrán dicho las muestras;
que, informándoos tan despacio,
haber discurrido es fuerza
el fin, pues en vuestra casa
no tenéis más que una prenda.

Librodot

Confieso que, a ser del mundo
señor, aun no mereciera
mirarla; soberbia ha sido,
mas disculpada soberbia.
Perdonad; y si os obligan
mi calidad y mis prendas,
servíos con mis deseos,
y honradadme con su belleza.
¿Qué pensáis? ¿Qué os suspendéis?

ANA: (Parece que ahora empiezan **Aparte**
lo que ya tienen tratado.)

FÉLIX: Saben los cielos, don César,
lo que estimo y agradezco
vuestro deseo, y quisiera
que de secretos del alma
dieran las razones muestra.
A ningún hombre del mundo
con más gusto la ofreciera
que a vos, porque sois mi amigo;
mas no hay razón donde hay fuerza.
No os puedo dar a mi hermana
y no ha un hora que pudiera,
que eso habrá que está casada.
Tarde habéis venido, César.

ANA: (¡Cielos! ¿Qué es esto que escucho?) **Aparte**

CÉSAR: Si pensáis de esa manera
castigar no haberos dicho
antes de ahora mis penas,
yo quedo bien castigado;
bastan, don Félix, las pruebas,
pues que nunca llega tarde
conocimiento que llega.
A tiempo estáis de enmendar
esas pasadas ofensas;
y pues no habéis ignorado
que os está bien que esto sea,
no desechéis la ocasión.

FÉLIX: Ni ignoro vuestra nobleza,
ni que a mí me está muy bien
honrar mi casa con ella;
pero solamente ignoro
en qué razón os ofenda
para enmendarlo. ¡Por Dios,
que está casada! Quisiera
poder deciros con quién.
Y aquí ahora, por más señas,
a mi hermana la decía
de su casamiento, y ella,
por ser mi gusto, lo oyó
muy alegre y muy contenta.

ANA: (¿Qué es esto, cielos? Elvira, **Aparte**
esto me importa, aunque sea
atrevimiento terrible.
Hoy tengo de hablar a César.)

CÉSAR: (¿Doña Ana alegre y casada, **Aparte**
y yo con vida? ¡Paciencia,
pues si no pierdo la vida
es porque a doña Ana pierda!)
Don Félix, bien os vengáis
de mis deseos, pues eran

Librodot

aspirar a tanta gloria,
y al fin me dejáis sin ella.
Pues fue tan corta mi suerte
que no pude merecerla,
y mi señora doña Ana
está casada y contenta,
el nuevo dueño la goce
tantos años que no tenga
memoria de ellos la muerte.

ELVIRA: (Mas, ¿qué presto se consuelan **Aparte**
los hombres en sus desdichas!)

Hablan aparte doña ANA y ELVIRA

ANA: ¡Ay, Elvira, quién pudiera
hablar a César!
ELVIRA: Aguarda;
veamos si mi industria llega
a lograrlo de esta suerte.

Sale ELVIRA

ELVIRA: Un hombre espera a la puerta,
diciendo que quiere hablarte.
FÉLIX: Perdonadme, y dad licencia
de ver quién es; que ya vuelvo
al instante.
CÉSAR: Id norabuena.

Vase don FÉLIX

¿Hasta cuándo, hados impíos,
habéis de afligirme?

Sale doña ANA

ANA: César,
¿qué es esto?
CÉSAR: Desdichas mías,
que con tirana violencia
el alma oprimen.
ANA: Escucha;
que nunca mi fe pudiera
negar lo mucho que estimo.

Al paño habla don FÉLIX saliendo; y doña ANA se retira apriesa

FÉLIX: No vi a nadie.
ELVIRA: Ya dio vuelta.
ANA: (¡Infeliz de quien la falta **Aparte**
tiempo aun de hablar en sus penas!)

Vase

Librodot

FÉLIX: Hasta la calle salí.
ELVIRA: Yo te aseguro que vuelva,
si te ha menester.

Vase

CÉSAR: Don Félix,
encareceros quisiera
lo agradecido que estoy
a mi desdicha, pues ella
me ha dado aquí un desengaño
tan grade, que no pudiera
con otro satisfacerme.
Casada doña Ana bella
está, que ya no lo dudo;
ruego a los cielos que sea
con el gusto que deseo
para mí.
FÉLIX: Mirad, don César,
que soy muy amigo vuestro,
y que por eso no cesa
mi amistad.
CÉSAR: No, pues la mía
en el mismo estado queda.

Vanse. Sale ALEJANDRO

ALEJANDRO: Cuando de mi confuso pensamiento,
necio Amor, locos casos imagino,
menos me atrevo y más me determino,
que sobra amor y falta atrevimiento.
Desconocido a mi valor, intento
a un agravio remedio peregrino;
y, animándole, apenas adivino
verdugo de mi infamia el sentimiento.
Olvido ingrato, agradecido adoro,
aborrezco cobarde, amo atrevido,
llamo y me huyo, quiero y no deseo;
canto mis penas, y mis glorias lloro.
¿Qué mucho viva o muera arrepentido,
si he de perder la vida o el deseo?

Sale LÁZARO

LÁZARO: Mandóme don César que
buscase a don Félix; por-
que quiere hablarle, y aunque
me ha costado mucho tor-
mento, a don Félix no hallé,
ni ahora a mi señor tampoco
hallo en toda la ciudad.
Ellos me han de volver loco;
mas si va a decir verdad,
ellos tiene que hacer poco.
Mas aquí el príncipe está.
ALEJANDRO: ¡Lázaro!

Librodot

LÁZARO: Buen caballero
te faltó.
ALEJANDRO: ¿Cómo va?
LÁZARO: Ya
puedes ver.
ALEJANDRO: ¿Qué hay?
LÁZARO: No hay dinero;
y así, no sé cómo va.
Remendaba con estilo
sus calzones un mancebo.
Yo, que le acechaba, vilo,
y pregunté, "¿Qué hay de nuevo?"
Y él respondió, "Sólo el hilo."
Yo a decirle no me atrevo,
porque aun el hilo no es nuevo;
pero, mirándome así,
un famoso arbitrio di.
ALEJANDRO: Si fue tuyo, ya le apruebo.
LÁZARO: ¿Puesto en uso no se ve
traer calzones de bayeta?
Pues yo fui quien lo inventé,
que soy Adán de esta seta.
ALEJANDRO: ¿Y de qué manera fue?
LÁZARO: Si el saberlo te desvela,
yo unos calzones tenía
muy rotos, y con cautela,
faltóme la tela un día,
y púseme la entretela.
Agradó el gusto, y no lejos
del mío, muchos después
admitieron mis consejos;
así que cuanto hoy ves
todos son calzones viejos.
ALEJANDRO: ¡Quién, para poderte oír,
no tuviera que sentir!

Vase

LÁZARO: Ríe el pobre, el rico llora,
y así en este mundo ahora
todo es llorar y reír.

Sale don CÉSAR

CÉSAR: A que el príncipe se fuera,
Lázaro, esperando estuve,
para hacer entre los dos
glorias y penas comunes.
Don Félix casa a doña Ana,
y no conmigo, ni pude
saber con quién. En efecto
mi bien de mi mal se arguye;
que esta noche, cuando el sol
en pavimentos azules
haga el tálamo de Tetis
sepulcro undoso a sus luces,
la he de sacar de su casa.
LÁZARO: Pues por todas estas cruces,

Librodot

que no ha de saberlo Arias.
¿Posible es que no rehuses
el descubrir tu secreto?
De esta ocasión se concluyen
tu bien o tu mal.
CÉSAR: Es cierto.
LÁZARO: Pues cuando decirlo excuses,
¿qué pierdes? Cuando lo digas,
¿qué ganas?
CÉSAR: Porque no culpes
que no estimo tu consejo,
y porque del todo apure
amor mi desdicha, hoy quiero
callar mi secreto.
LÁZARO: Hoy suben
al cielo tus esperanzas,
para que de todas triunfes.
Habla a todos, está alegre,
e iremos, cuando las nubes
por la muerte de las flores
se vistan negros capuces.

Sale don ARIAS

ARIAS: ¡Don César!

A don CÉSAR, al oído

LÁZARO: No hay nada nuevo,
porque no nos lo pregunte.
ARIAS: ¿Qué tenéis?
LÁZARO: Aunque está triste,
no es pendencia, no te juntes;
que no ha menester tu lado.
ARIAS: ¿Qué ha sucedido?
CÉSAR: Que tuve
cultivada una esperanza
que, a tiempo de darme dulce
fruto, se secó en su flor,
siendo mi estrella el octubre.
Don Félix casa a doña Ana,
que así su quietud presume;
pedísela por mujer,
respondióme que propuse
tarde mi intento, y que está
casada y contenta. ¿Sufren
los celos mayores penas?
LÁZARO: Ya basta, señor. --Excuse
vuesa merced el hablarle,
porque le dan pesadumbre
unos vaguidos muy grandes
que a la cabeza le suben.
ARIAS: ¿En qué puedo yo serviros?
LÁZARO: (En callar.) **Aparte**
ARIAS: ¡Por Dios, que encubre
mi pecho harto sentimiento!

Vase

Librodot

LÁZARO: (Porque cesan tus embustes.) **Aparte**
CÉSAR: Amor, si acaso te mueven,
por dios, tantas inquietudes,
ya es tiempo que con un bien
mil sentimientos disculpes.
Ya basta lo que he sufrido.
No es mucho que disimules
mis cortos merecimientos,
por la gloria a que me opuse.
Ya no ha de ser el perderla
lo que más mis dichas turbe,
mas ver que otro esté gozando
lo que yo esperando estuve.

Salen ALEJANDRO y don ARIAS, hablando entre sí

ALEJANDRO: ¿Eso ha pasado?
ARIAS: Aquí estaba.
ALEJANDRO: Pues porque no se asegure
que, cuando tuvo ocasiones
sólo, ocupado le tuve,
y no advierta la malicia,
esta noche es bien le ocupe,
porque no tiene que hacer,
y un día a otro se disculpen.
¡César!
CÉSAR: ¿Señor?
ALEJANDRO: Hasta el día
he de escribir, porque es lunes,
y he de despachar a Roma
y Nápoles.
CÉSAR: Yo voy. (Huyen **Aparte**
de mis manos las venturas.
Lunes fue, para que impugnen
los días como las horas.)

Don CÉSAR habla aparte a LÁZARO

¿"Mis dichas", Lázaro, "suben
al cielo mis esperanzas"?
LÁZARO: ¿Yo, señor, qué culpe tuve?
CÉSAR: Tú me dijiste que aquí
estuviese.
LÁZARO: No me culpes.
CÉSAR: ¿Quién te mete en dar consejos?
LÁZARO: Mi desdicha.
CÉSAR: ¡Que me ayude
tan poco el tiempo que sean
martes para mí los lunes!
Aquí está todo aderezo.
¡Plegue al cielo no me turbe,
que tengo el alma en doña Ana
llena de mil pesadumbres!

Sacan un bufete con escribanía, vanse don ARIAS y LÁZARO, y escribe don CÉSAR

ALEJANDRO: Despejad. (Hoy de los celos **Aparte**
hacer experiencia pude,
y en perdidas esperanzas
veré los toques que sufren.)

Decid, "Yo estoy..."
CÉSAR: Estoy... (muerto de celos...) **Aparte**
ALEJANDRO: "...tratando con secreto..."
CÉSAR: "con secreto..."
(¡Aun no pude gozar la ocasión, cielos!)
ALEJANDRO: "...el casamiento..."
CÉSAR: El casamiento...(efeto **Aparte**
no ha de tener.)
ALEJANDRO: "Al fin vuestros desvelos
le tendrán."
CÉSAR: Le tendrán... (mas no los míos; **Aparte**
que vientos pueblo, cuando aumento ríos.)
ALEJANDRO: "Lo que yo os aseguro..."
CÉSAR: Os aseguro...
(...es mi muerte.) **Aparte**
ALEJANDRO: "...que vuestro honor procuro."
CÉSAR: Procuro... (divertirme, mas no puedo.) **Aparte**
ALEJANDRO: "Por ser doña Ana..."
CÉSAR: (Aquí rendido quedo.) **Aparte**
Doña Ana...
ALEJANDRO: "Castelví por su nobleza
y ángel por sus virtudes y belleza."
CÉSAR: ¿Dónde tu alteza aquesta carta envía?
ALEJANDRO: A Flandes.
CÉSAR: Para Flandes no es hoy día,
y así podrá dejarse hasta mañana.
ALEJANDRO: (Perdió el color al nombre de doña Ana.) **Aparte**
No importa que hoy no sea;
escrita se estará.
CÉSAR: (¿Quién hay que crea
tan tirano rigor, pena tan fiera?)
ALEJANDRO: Proseguid, repitiendo la postrera
razón.
CÉSAR: "Rendido quedo."
ALEJANDRO: Pues, ¿yo he dicho
tal razón? Dad acá.
CÉSAR: Lo dicho he dicho.

Toma ALEJANDRO la carta y lee

ALEJANDRO: "Yo estoy muerto de celos, tratando con
secreto, aun no pude gozar la ocasión;
el casamiento efeto no ha de tener;
al fin vuestros desvelos le tendrán, no
los míos; lo que yo os aseguro es mi
muerte; que vuestro honor procuro, por
ser doña Ana... Aquí rendido quedo."

¿Yo os he dicho que escribáis
de esta suerte?
CÉSAR: Si han podido
obligarte en algún tiempo,

Librodot

Alejandro, mis servicios,
ahora le tienes de honrarme;
que no es de tu pecho digno
blasón que, por el ajeno
honor, me quites el mío.
Casado estoy con doña Ana;
casado no, pero digo
que a este fin habrá dos años
que la quise y que me quiso.
No diré las ocasiones
que por tu causa he perdido,
anteponiendo leal
a mi gusto tu servicio.
Mas sólo diré que hoy,
sabiendo que el cielo impío
su casamiento ordenaba,
trató casarse conmigo.
Pensando que me estorbaba,
negué el secreto a un amigo,
pero viendo que no tiene
en mí el secreto peligro,
sólo a algún planeta doy,
sólo atribuyo a algún signo
el querer con mala estrella,
pues ellas la causa han sido.
Pero si suelen vencerse
con reservados arbitrios,
para que en mi estrella juzgues,
hoy el cielo te previno.

ALEJANDRO: Si en perdidas ocasiones,
don César, has conocido
que fue culpa de tu estrella,
no condenes al amigo;
supuesto que no bastó
hoy para haberla perdido
haber callado el secreto;
que sucediera lo mismo
cuando siempre le guardaras;
pero yo estoy ofendido
de que tratases casarte
sin saber el gusto mío.
Dame la pluma; que yo
quiero escribir, que ya he visto
lo poco de que me sirves.

CÉSAR: De poco, señor, te sirvo,
pero ninguno...

ALEJANDRO: Ya basta.

Escribe

CÉSAR: (Si de la Fortuna ha sido **Aparte**
este juego, en solo un lance
al rey y dama he perdido.
¿Hay más tormento en el mundo?
¿Hay más pena en el abismo?
No, pues no la tengo yo.)

ALEJANDRO: Cerrad el papel que he escrito,
y llevádsele a don Félix,
que haga lo que en él le digo.

CÉSAR: ¿Hoy he de llevarle?
ALEJANDRO: Sí.
CÉSAR: Que no hay correo imagino.
ALEJANDRO: Llevadle vos a su casa;
que con un propio le envío.
CÉSAR: (Perdida he visto una dama, **Aparte**
y un señor airado he visto,
y no sé para otra vez
cuál de los dos he temido.)

Vase. Salen don FÉLIX y don ARIAS

ARIAS: Ya ha acabado de escribir.
ALEJANDRO: Don Félix, nuevas ha habido
de que hoy entra en Parma el novio,
y aun en vuestra casa han dicho.
FÉLIX: Beso mil veces tus pies,
y por doña Ana te pido
las manos. Yo voy a darla,
con tu licencia, el aviso,
para que esté prevenida.

Vase

ALEJANDRO: ¡Don Arias!
ARIAS: ¿En qué te sirvo?
ALEJANDRO: Tú has de jurar en la cruz
de aquesta espada que ciño
que jamás ha de saber
doña Ana que la he querido,
ni César que le he estorbado.
ARIAS: Así juro de cumplirlo
en la cruz de aquesta espada.
Y yo ahora te suplico
que no le digas a César
que soy el que te lo dijo.
ALEJANDRO: Yo lo prometo; partamos
a ser de su bien testigos,
que hoy a Alejandro, en grandeza
como en el nombre, le imito.

Vanse. Salen don FÉLIX, doña ANA y ELVIRA

ANA: Esto es verdad.
FÉLIX: ¡Qué bien pagas,
hermana, el cuidado mío!
¿Promesa de religión?
ANA: No lo dije a los principios,
por pensar que no llegara
a efecto; mas ya que he visto
que le tiene, que no puedo
casarme, hermano, te digo.
FÉLIX: ¿Qué diré al príncipe yo?
ANA: (¡Que no haya César venido! **Aparte**
Mas ya viene; bien podré
irme con él.)

Salen don CÉSAR y LÁZARO

CÉSAR: (Mi mal sigo, **Aparte**
pues del rigor que padezco
soy instrumento yo mismo.)
LÁZARO: (¡Mas que para en casamiento!)
CÉSAR: Don Félix, no haber pedido
licencia es haberla dado
este papel que hoy ha escrito
el príncipe para vos.
FÉLIX: Y yo el cuidado os estimo.
CÉSAR: (¡Ay perdida gloria mía!) **Aparte**
ANA: ((Ay querido dueño mío!) **Aparte**

Lee para sí

FÉLIX: "Porque, prevenida la gloria, hace
menor el gusto, no os he dicho antes
de ahora que la persona que os tengo
propuesta es don César. En él
concurren todas las calidades que
podéis imaginar. Dadle a vuestra
hermana, que él solo la merece, si
deja merecerse tanta ventura."

César, el príncipe escribe
que para quien ha pedido
mi hermana sois vos.
ANA: ¡Ay cielos!
CÉSAR: ¿Qué decís?
FÉLIX: Que ya suspiro
con otra causa, pues nunca
hubo contento cumplido.
Que para que no os merezca,
doña Ana ahora me dijo
que no se puede casar
por una promesa que hizo.
ANA: Es verdad que yo lo dije.
CÉSAR: (¡Cielos! ¿Qué es esto que miro? **Aparte**
¿Doña Ana finge promesas
por no casarse conmigo?)
FÉLIX: Leed, don César, el papel.

Salen ALEJANDRO, NÍSIDA, y don ARIAS

ALEJANDRO: No le leáis; que si escribo
ausente, presente estoy,
y afirmaré lo que firmo.
FÉLIX: En buena ocasión me has puesto.
Danos tus pies.
NÍSIDA: Yo he venido
con mi hermano por tener
parte en vuestros regocijos.
ALEJANDRO: Don César, de esta manera
enseño a premiar servicios.

Dadle a doña Ana la mano;
que yo vengo a ser padrino.

Hablan aparte don FÉLIX y doña ANA

FÉLIX: ¿Qué he de decir?
ANA: No te aflijas;
que en tal fuerza es permitido
conmutarse en otra cosa
la promesa.
CÉSAR: Si rendido
a tus pies...
ANA: Alza del suelo;
que mi promesa he cumplido;
pues prometí no casarme,
no siendo, César, contigo.
LÁZARO: Ya, señor, casado estás.
¡Gracias a Dios que salimos
de esta empresa con victoria!
Mas, ¡por Dios! que no te envidio.
ALEJANDRO: Yo he de partir luego a Flandes
a servir al gran Filipo
segundo, donde Mastrique
venga a ser el blasón mío;
y por dejar en mi estado
gobierno, a Félix elijo,
que a Nísida dé la mano.
FÉLIX: Mil veces los pies te pido
por las honras que me ofreces.
NÍSIDA: Tu gusto fue mi albedrío.
LÁZARO: ¡Elvira!
ELVIRA: ¿Qué?
LÁZARO: Yo me voy;
que, si me tardo un poquito,
según que vienen casando,
te habrás de casar conmigo.
ARIAS: Nadie fíe su secreto
del más cuerdo y más amigo;
que en la más sana intención
está un secreto a peligro,
y no se queje de agravio
quien no calla el suyo mismo.
CÉSAR: Y aquí da fin la comedia,
por quien el perdón os pido.

FIN DE LA COMEDIA